

Grupo 4  
3

GIEDION, S. *Espacio, Tiempo y  
Arquitectura*. Barcelona: Koepli, 1958.

PARTE VII

LA URBANISTICA EN EL OCHOCIENTOS

## LOS PRIMEROS TIEMPOS DEL SIGLO XIX

Otra vez más tenemos que volver al siglo XIX. Podemos apreciar, solamente, lo que en la actualidad se requiere en la esfera del planeamiento de ciudades, si conocemos cómo se ha llegado a la situación de nuestros días.

Una visión universal, base para el planeamiento de ciudades.

Si una actitud universal es en alguna parte necesaria en arquitectura, es en el planeamiento de ciudades. Sin una amplia y detenida observación, y sin poseer un previsor punto de vista, no puede existir un orden urbano. Los períodos que no son capaces de llegar a alcanzar una visión consiguiente del mundo son también incapaces de llevar a cabo una verdadera construcción urbana que supere la de una sencilla labor de remiendo. Y miríadas de especialistas no son de ninguna ayuda cuando aquello que falta es una visión de conjunto de la vida.

Predominio de los especialistas en la urbanística ochocentista.

Por otra parte, especialistas que carecen de esta visión son incapaces de ver y comprender las verdaderas relaciones que existen en la vida. Por preciso y apreciable que sea un trabajo, sus resultados serán limitados y faltos de verdadero equilibrio — y tal vez perjudiciales —, ya que una determinada tarea absorberá toda la atención en detrimento, sin duda, de otra. Los períodos en que los especialistas dominan no llegan a resultados realmente felices en el planeamiento de ciudades. Lo que en tales épocas ocurre es parecido al caso de aquel individuo que, pretendiendo tener un conocimiento detallado de un autor, emplea horas y más horas leyendo su libro, sin pasar jamás de las primeras diez páginas; sin duda que, ensimismado en los detalles, no capta el significado general de su conjunto. La situación actual es análoga. A pesar de que existen muchas asociaciones de urbanistas concienzudos, y no obstante haber especialistas diestros en compilar planos reguladores y en administrar ciudades, perdura una deplorable falta de orientación y una absoluta incapacidad para eliminar los inconvenientes más obvios.

No podemos escaparnos de esta pesadumbre, cuando nos fijamos en que, durante cien años, no ha dominado más que el desorden en lo que al planeamiento de ciudades se refiere. Las regulaciones solas no bastan para ofrecer solución alguna, porque también las regulaciones llevan el sello de los hombres que las han realizado; es necesaria una nueva visión universal.

No sería razonable esperar nuevas soluciones a los problemas que afectan a la construcción de ciudades en un período como

el Ochocientos. Un siglo que (especialmente en sus últimos años) estuvo hasta tal punto dominado por el espíritu del «laissez-faires», y sometido a las normas de los especialistas, no era ciertamente el siglo del planeamiento y construcción de ciudades, los cuales, por su propia naturaleza, deben ser consecuencia de una visión amplia y previsoras.

No hay duda de que el encanto de muchas de las expresiones personales y de las formas de vida del último siglo será mayormente apreciado en un próximo futuro, pero la urbanística no será incluida en la venidera revaloración.

Nuestro interés por el planeamiento de ciudades puede reducirse a tres cuestiones: El arte urbanístico, desarrollado en alto grado, del período del último barroco, ¿continuó durante el Ochocientos? ¿Cuál fué el que sucesivamente ocupó su puesto? Y finalmente, ¿cuáles soluciones será capaz de ofrecer el vigésimo siglo?

En tiempos en que existe una visión universal, que se funda sobre una prolongada y sólida tradición, el planeamiento de ciudades es considerado como un hecho natural. Ya hemos examinado algunas soluciones setecentistas, que eran interesantes por su facultad de previsión y por el sentido del espacio que en ellas se manifestaba. Muchas, de altísimas cualidades, son obra de arquitectos anónimos, cuando no de puros especuladores. Es importante observar que soluciones que son consecuencia de una visión universal del Setecientos permanecen aún válidas después de la desaparición de aquella sociedad — o del ideal de aquella sociedad — para la cual habían sido formuladas, y después de cambios acaecidos en unas circunstancias que los autores de los proyectos no hubieran jamás podido prever. Pero, cuando la visión de un período se halla bajo la influencia predominante de los especialistas, las soluciones escogidas no llegan a satisfacer ninguna de las necesidades del momento en que fueron creadas.

Los últimos tiempos del barroco dieron prueba de una maravillosa capacidad para dominar el espacio exterior. Aquel período poseía un conocimiento profundo de las varias relaciones que existen entre uno y otro edificio, y entre edificios y Naturaleza: entre construcciones y elementos orgánicos. El sentimiento del cual derivaba la organización urbana barroca — que era una consecuencia natural de su vida social — limitaba su atención a las relaciones entre los palacios residenciales y la articulación

La urbanística del último período barroco: resumen.

del espacio de las magníficas y bellas plazas de las grandes ciudades.

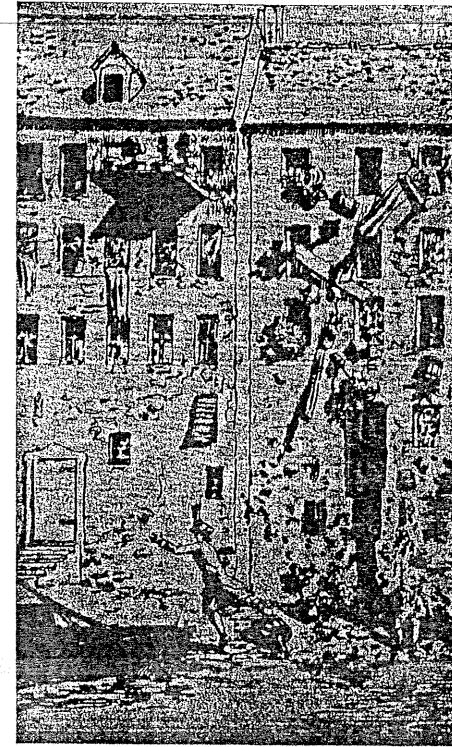
La urbanística, en los últimos tiempos del barroco, es la expresión de dos absolutismos: consecuencia, el primero, de la Contrarreforma, y el segundo de la Monarquía. Todas las construcciones que se beneficiaron de la gran reserva de experiencia de la época fueron llevadas a cabo para la Iglesia, para el Rey o para aquellos que colaboraban con estas dos fuerzas gobernantes.

Las viviendas para la población humilde no interesaban; propuesta de Vauban.

Las viviendas para la población humilde no entraban en aquellos proyectos; la opinión que prevalecía era la de que ello no representaba ningún problema. El pueblo era la base invisible y el puntal del Estado. Todo cuanto se erigía sobre la Tierra era destinado, sin discusión, a la clase dominante. Personas de gran experiencia, y de amplia visión — como Vauban, el gran ingeniero militar de Luis XIV — veían el peligro de un sistema que imponía tan pesadas cargas sobre las espaldas del pueblo. Pero Vauban, con su *project d'une dixme royale* (1709) perdió el favor del monarca por su afirmación de que «lo que es llamado erróneamente la hez del pueblo» merecía la seria atención del «Rey Sol». «Esta masa es... muy importante», continuaba Vauban, «en consideración a su número y a los servicios que rinde al Estado.» El sistema mismo, inevitablemente, impuso que fuera rechazada la propuesta principal de Vauban, de que la Nobleza y el Clero debieran pagar (hasta el límite de una décima parte de sus rentas), al igual que el pueblo.

De esta forma sucedía que una gran ciudad, por lo que a la masa popular se refería, era sencillamente una aglomeración de casas totalmente abandonadas desde cualquier punto de vista. Por otra parte, la veracidad histórica nos obliga a reconocer que las grandes ciudades del Setecientos no representaron en ningún modo lo que llegaron a ser más tarde, en el Ochocientos. La ciudad setecentista se hallaba fuera de la órbita hacia la cual las principales fuerzas del período dedicaban su interés y atención. Después de la partida de Luis XIV para Versalles, el planeamiento de ciudades fué completamente abandonado, excepción hecha de cuanto se refiriese a la construcción de plazas y de grandes vías de comunicación.

Todo cuanto guardaba relación con el pueblo, o estaba abandonado al desorden, u ordenado de una manera únicamente provisional. La confusión y la suciedad, los accesos de las casas



376. MERCIER, *Tableau de Paris*, aguafuerte de 1786.

totalmente abandonados, y hasta la tragicomedia de la nostalgia del ciudadano con respecto a las flores y plantas verdes, aparecen en un aguafuerte de 1786 (fig. 376). El grabado, que lleva el nombre de *Pot de fleurs*, es extraído del *Tableau de Paris*, de Mercier, un libro que fascinó tanto a Diderot, que lo describió así: «Pensé dans la rue et écrivit sur la borne.» La ilustración nos muestra las casas humildes de París, y la desgracia de uno de los inquilinos del quinto piso, que ha visto, de repente, su jardín aéreo precipitarse en el inmundo desorden que se halla abajo. Pero tales casas estaban escasamente habitadas y no pueden ser comparadas con los barrios densos y humildes creados en el Ochocientos.

Un ensayo de las viviendas para alquiler setecentistas: el *Tableau de Paris*, de Mercier, 1786.

Durante el siglo transcurrido entre Versalles (1668-1684) y el «Lansdowne Crescent» en Bath (1794)<sup>1</sup>, la unidad residencial

<sup>1</sup> Véase pág. 159.

Contacto, con la Naturaleza, de los grupos residenciales del último barroco.

fué puesta en contacto directo con la Naturaleza. Primero perteneció al Monarca, después a la Nobleza, luego a anónimos y ricos ciudadanos. La creciente importancia dada en el Setecientos a la unión de las viviendas con la Naturaleza fué debida en gran parte a la influencia que en aquel tiempo ejerció el culto del «hombre natural», de reconocida derivación rousseauiana.

Es necesario el espacio para que las casas puedan disponerse con su fachada de cara a la zona verde. En las antiguas ciudades amuralladas, esto habría sido imposible. En el siglo XVIII, Vauban trasladó las defensas de París mucho más al exterior, para así proteger a la ciudad de los ataques con armas nuevas y de construcción más adelantada. Fué esta previsión la que permitió a las plazas setecentistas el que pudieran desarrollarse en París.

Tenemos que recordar que los arquitectos barrocos, tanto los del Norte como los del Sur, durante la segunda mitad del Setecientos, se preocuparon de defender la asociación de la obra arquitectónica con las zonas verdes. Esta nueva fase del planeamiento de ciudades se prolongó y se extendió por un largo período en el Ochocientos. Precisamente porque la urbanística, en cada período, es el último campo en el cual la arquitectura halla su forma, esta fase mantuvo su predominio en el Ochocientos, hasta que la vida cotidiana, sometida por largo tiempo a la influencia de la industrialización, no sufrió profundas alteraciones. Pero no se puede negar que las ciudades industriales se desarrollaron, desde un principio, en torno a aglomeraciones de viviendas humildes, y no conservan huellas de aquella tradición.

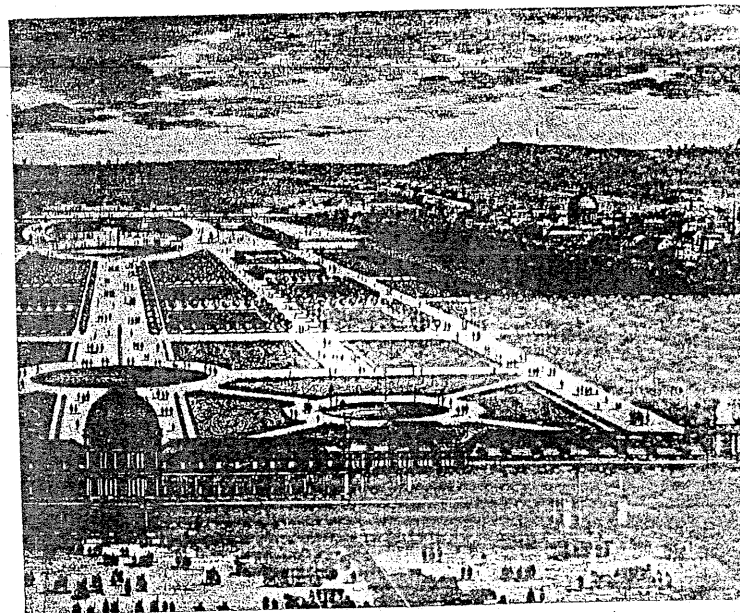
Ahora deseamos demostrar la duración que alcanzó la ciencia urbanística barroca — que continuaba todavía en el Ochocientos — y cuándo aquélla se dió por terminada.

#### *La calle de Rivoli, de Napoleón I*

La tradición del último barroco en la calle de Rivoli (1801).

Cuando Napoleón I dió a Percier y Fontaine — los fundadores del estilo Imperio — el encargo de trazar la calle de Rivoli, las líneas principales del proyecto habían sido fijadas ya anticipadamente con arreglo a la situación existente.

La calle de Rivoli continúa todavía siendo la más bella vía de París, no es una *rue corridor*. Tiene sólo una línea de fachadas, y ésta da al jardín de las Tullerías y, lo que todavía es más im-



377. Las Tullerías, jardines trazados por Lenotre. Grabado de Mariette. La avenida de árboles a la derecha, que conduce a las caballerizas reales, existe aún, y flanquea por un lado la calle de Rivoli.

portante, da a una avenida que había sido trazada durante el reinado de Luis XIV (como puede verse claramente en un grabado setecentista de Mariette, fig. 377), y en principio conducía a las caballerizas reales. En el área ocupada por estas cuartas, al derribarse, se trazó la calle de Rivoli.

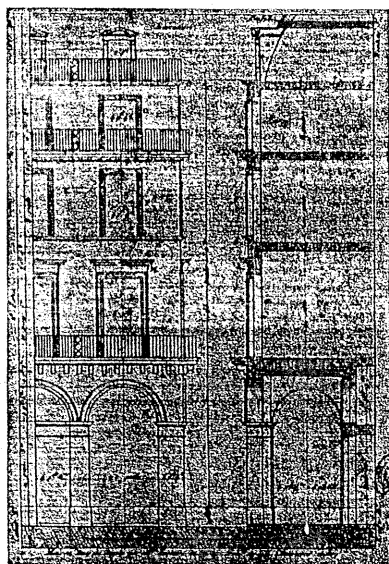
La Plaza de la Concordia, lugar donde empieza la calle de Rivoli, fué construída bajo los reinados de Luis XV y Luis XVI, y el puente sobre el Sena fué erigido al iniciarse la Revolución, en 1790.

Luis XIV trazó el parque, Luis XV la plaza, y Napoleón la calle. Fué verdaderamente típico del programa de edificación de la época el que Napoleón ordenara construir una calle (esto ocurría durante su Consulado, en 1801). La calle iba destinada a la rica burguesía, y ofrecía una visión de los jardines reales.

En claro contraste con la práctica inglesa de separar enteramente las calles de tipo residencial de las exclusivamente comerciales,



378. Calle de Rivoli, París, alrededores de 1825. El tramo de la calle de Rivoli, realizado primeramente por Percier y Fontaine para Napoleón I, que conduce hacia la Plaza de la Concordia. Su única línea de casas que, a través de la calle, mira en dirección a los jardines, inspiraron al Regente, más tarde Jorge IV, a iniciar poco después la construcción del «Regent's Park Terraces».



379. PERCIER y FONTAINE. Proyecto de una casa en la calle de Rivoli, 1806. Esta fachada unificada, llena de encanto, es el punto de partida para los bulevares de Haussmann, medio siglo después. Los comercios están disimulados detrás de los pórticos. Y quizá esta calle de Napoleón contiene ya, a lo menos en germen, esa mezcla de funciones residenciales y comerciales que los ingleses evitaron.

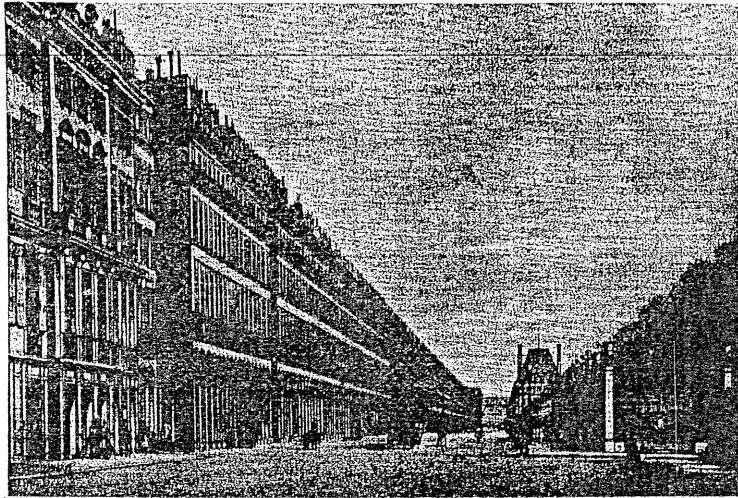
la calle de Rivoli poseía ambas características<sup>2</sup>. Una hilera continua de arcadas sobre columnas protegía a los compradores de la intemperie, y a la par evitaba que las fachadas de los edificios de tipo puramente comercial atentaran a la dignidad de la calle. No era tolerada la colocación de carteles ni la instalación de tiendas de ultramarinos. Estos pórticos continuaban la tradición de la seiscentista Plaza «des Vosges».

Al realizar su nueva obra Percier y Fontaine adoptaron una forma sin pretensiones, pero llena de atractivos (fig. 379). Sería superfluo decir que las casas fueron tratadas como un bloque único. Para asegurar el efecto, los acentos son pocos. Las arcadas sobre columnas de la planta baja están rigurosamente alineadas; los balcones de los pisos primero, tercero y del ático son continuos, y las paredes son enteramente lisas.

La calle de Rivoli, no obstante ser del tiempo de Napoleón, corresponde a la última tradición barroca (fig. 378). Su única línea de edificios permite el poder gozar de una vista que se aparta mucho de aquella que los hermanos Adam dispusieron para los inquilinos de su espléndida Terraza «Adephi», construida en 1768, dando frente a las riberas del Támesis. La calle de Rivoli, en esta fase de su evolución, inspiró a Juan Nash, y a su cliente el Príncipe Regente, a planear el trazado del «Regent's Park» y de los edificios que le dan frente.

Las varias proyecciones de la calle de Rivoli — la última realizada como formando parte del *percement de Paris* de Haussmann — cambiaron completamente su primitivo carácter, y la convirtieron en una de aquellas interminables calles instauradas en el Ochocientos (fig. 380).

<sup>2</sup> Esta separación aparece en el barrio londinense de Bloomsbury, construido por entonces casi al mismo tiempo.



380. Calle de Rivoli, vista en dirección al Louvre, 1840.

## EL PREDOMINIO DE LAS ZONAS VERDES Y LAS PLAZAS ARBOLADAS DE LONDRES

En las plazas arboladas de Londres, por primera vez después del medievo, el aspecto exterior de la ciudad aparece condicionado por las actividades en materia de construcción desarrolladas por la alta burguesía. Esta clase social creó un estilo de hogar residencial dotado de tanta confianza en sí mismo, como de duración. Como las ciudades flamencas del Cuatrocientos, estas plazas de Londres de principios del Ochocientos fueron testigo, durante el curso de varias generaciones, de la seguridad de criterio con que la clase media se puso a la obra para crearse un hogar adecuado a su manera de vivir, ello en tanto no se iniciara una absurda corriente contraria que frustrara sus anhelos sobre aquel tipo de construcción.

Para compenetrarnos de la auténtica naturaleza de su desarrollo, debemos ante todo recordar cómo la idea de vivir cómodamente ha sido, para los ingleses, la primera de sus preocupaciones; en particular de las comodidades en su hogar, consistentes en una mullida butaca junto a la chimenea, y en la intimidad, sin ninguna clase de perturbaciones, que proporciona la casa individual. Este vigoroso impulso hacia la *bienséance* no aparece por primera vez en el Setecientos. Para discernir la época a que se

remonta, y conocer desde cuando ha ejercido su influencia sobre la distribución de la vivienda, bastará establecer una comparación entre los castillos ingleses, con sus espaciosas habitaciones y servicios, y los correspondientes castillos del continente. Es debido a este anhelo de disfrutar de comodidades y de la intimidad hogareñas el que las plazas dotadas de jardín tengan tan característico trazado. En realidad, es lícito afirmar que el desenvolvimiento de Londres ha seguido una regla, esto es, una regla no escrita en parte alguna — como tantas otras que en Inglaterra han prevalecido — y cuyo origen procede de la obstinada voluntad democrática de que nadie debe ser molestado en su vida privada. La regla, más o menos, es ésta: Los barrios residenciales de una ciudad debetían, en cuanto fuera posible, ser situados entre zonas verdes y tener la mínima apariencia perceptible.

Si existe una ciudad a la que se pueda recusar un desarrollo irracional, ésta es Londres. Fué creciendo con un casi absoluto descuido de los ejes establecidos de antemano. En lugar de ello, se vió sometida a la influencia de los grandes terratenientes, de la Corona, de la aristocracia y de la Iglesia. Dada la falta de aquellas directrices axiales, como las que hacen tan fácil comprender el plano de París, en Londres resulta difícil orientarse. Por otra parte, los distritos limitados en que ella se fracciona son un refugio para la inmensidad ilimitada de una ciudad cuyo crecimiento ha superado la escala humana.

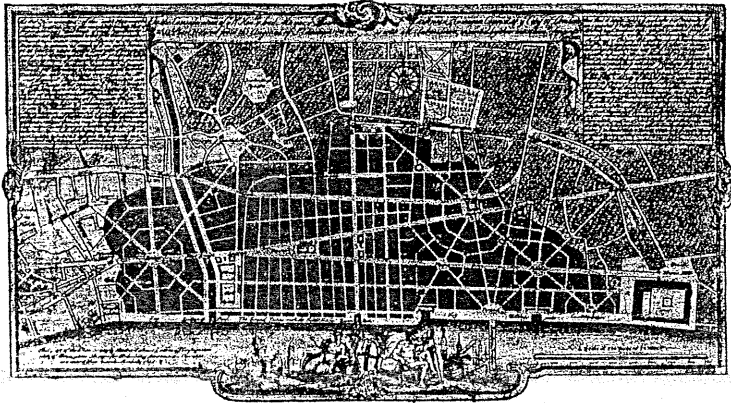
La unidad comprensiva a que el barroco tendía no era aceptada por la Inglaterra del Seiscientos. El plano coordinado de Cristóbal Wren, para la reconstrucción de Londres después del gran incendio de 1666, fué rechazado por Carlos II después de sólo tres días de reflexiones (fig. 381). Y esto, precisamente en aquellos tiempos en que Bernini estaba trazando la plaza ante San Pedro y, Le Nôtre, los jardines de Versalles. El radicalismo del proyecto de Wren — mitad barroco, mitad de gusto renacentista — iba demasiado allá para que su ejecución fuera posible<sup>3</sup>, pero había una razón más honda que aquellas adoptadas según

<sup>3</sup> Londres era autónoma e independiente de la Corona. Ni Wren, ni ningún otro arquitecto, habían pensado en aplicar el concepto continental de disponer Londres en torno al Palacio Real. El punto más importante para Wren, así como para el Renacimiento, residía en el centro de la ciudad, en la Bolsa. Todas sus líneas de fuerza irradiaban de este punto, para penetrar en el entero organismo de Londres. San Pablo se alzaba próxima a las puertas de la ciudad, en la confluencia de dos de las más importantes arterias; del mismo modo, dos decenios más tarde, Rainaldi situó dos iglesias gemelas con sus fachadas dando cara a la Plaza del Pueblo.

El irracional desarrollo de Londres.

El proyecto de Wren, rechazado (1666).

costumbre. La creencia popular es de que el proyecto regulador de Wren no llegó a realizarse porque fue imposible llegar a un acuerdo con los propietarios de una media docena de fincas enteramente calcinadas a través de las cuales los ejes principales del plano de Wren debían pasar, dañando sus intereses. Pero no se trató solamente de una complicada cuestión de la propiedad lo que puso obstáculos a que se establecieran ejes regulares a la manera renacentista o barroca; se trataba también de una íntima repugnancia hacia estos ejes. Fue esta misma repugnancia la



381. WREN, Plano para la reconstrucción de Londres, 1666.

que intervino para impedir toda disposición sistemáticamente ordenada de plazas y calles en aquellas zonas en las que más fácilmente hubiera podido realizarse, esto es, en el interior de los grandes dominios de los terratenientes. La Corona y el Duque de Bedford ignoraron tales trazados en el distrito de «Covent Garden»; el Conde de Southampton efectuó lo mismo en Bloomsbury. El modo cómo estas plazas están irracionalmente esparcidas en una zona, separadas, aunque no del todo incomunicadas unas con otras, nos recuerda el dibujo de un tapiz oriental o una pintura de Pablo Klee.

El «square», según un *Diccionario de Arquitectura* publicado en 1887, «es un terreno en el cual existe un jardín cerrado, circundado por una vía pública que da acceso a las casas que dan frente a cada uno de sus lados». No obstante su brevedad, esta definición es una óptima descripción de las características de las plazas de Londres. De una manera muy ajustada a la verdad, aquella se

inicia por un terreno; luego se destaca, como característica esencial, el jardín cerrado (cerrado porque está reservado para los inquilinos, que tienen la llave); por último recuerda las casas, que invariablemente la circundan. No se especifica la forma de la plaza, que puede ser cuadrangular, triangular, regular o irregular. No existe una regla que imponga a la plaza una determinada relación con iguales cercanas, plazoletas, calles o «crescents» (vías en rampa).

Estas plazas del Seiscientos y del Setecientos tienen suma importancia para el urbanizador de ciudades. En ellas, por primera vez, no se prescinde de la Naturaleza, dejándola olvidada detrás de masas de piedra y encrucijadas de calles. Así como la carne viva resplandece, cálida, cuando la contemplamos a través de un lienzo sutil, también aquellos que un tiempo fueron los jardines del Duque de Bedford destacan todavía parte de su belleza entre el crecimiento residencial de Bloomsbury, que ha ido ocupando su lugar. Los arquitectos modernos se jactan con frecuencia del cuidado con que tratan en todo momento a los árboles; en realidad, hasta en ocasiones construyen una casa, podríamos decir, en torno a un árbol. Pero la más lograda de las plazas públicas de Londres es aquella en que todo un distrito se halla contenido arquitectónicamente en torno a lo que todavía queda de campiña. En esto se acentúa el carácter precursor de los «squares» o plazas públicas inglesas.

El elemento principal de todas estas plazas de Londres es un jardín central con césped y plátanos (fig. 382). Recién plantados, las hileras de plátanos no lograban el efecto de jardín romántico que estaban destinados a producir más tarde. Una visión de este género requería el predominio de los setos verdes formando pared, que, además de ser agradables a la vista y beneficiosos para los pulmones, tenían también la ventaja de garantizar el aislamiento entre los vecinos. Los jardines fueron tratados, al igual que las casas, con un gran sentido de unidad. No aparece aquí la ridícula subdivisión del conjunto en fracciones minúsculas. Existen amplias extensiones en donde los ciudadanos pueden tenderse a su gusto en el césped en los días de sol, o jugar al tenis sobre los verdes prados situados frente a sus propias casas<sup>4</sup>. Y todo ello distante sólo cinco minutos del agitado tráfico de «Tottenham Court Road» o de la calle Oxford.

El jardín central.

<sup>4</sup> Se habían visto crecer cebollas y calabazas en el jardín de uno de los «crescents», próximo a «Euston Road», pero aquel «crescent» acabó constituyendo un sector de los barrios bajos.

Estos terrenos, en manera alguna, fueron concebidos como jardines. «En un principio estos espacios libres no eran tan placenteros desde el punto de vista estético, ni tan saludable como hubieran podido ser debido a que el inevitable destino de cada espacio abierto, en todas las ciudades europeas del Seiscientos, era el de convertirse en un depósito de desperdicios e inmundicias de todo género. El remedio llegó solamente cuando los concurrentes a las plazas públicas obtuvieron el derecho de poder cerrarlas, limpiarlas y hermostrarlas; la Plaza de San Jaime fué una de las primeras que consiguieron tal privilegio, en 1726»<sup>5</sup>.

Casas en línea y poco atrayentes en su aspecto.

La arquitectura de las casas en estas plazas se halla también sometida a la influencia de la regla, no escrita, de que los barrios residenciales no deben ser muy atrayentes. Han de ser ordenados en líneas opuestas, sistema seguido durante más de medio siglo en los nuevos distritos de Londres, sin que llegaran a resultar de características monótonas ni anticuadas. Ha sido evitado todo elemento resultante; las superficies son sencillas y lisas, con subdivisiones reducidas al mínimo. El material de construcción — ladrillos sin estuco — se adapta maravillosamente a las circunstancias. Los ladrillos al descubierto, en lugar de perjudicarse por la humedad y la niebla londinenses, adquieren con el transcurso del tiempo una pátina rica en dignidad, como una pipa de espuma de mar utilizada por un buen fumador. Si se recurre a la pintura, y aun con mucha prudencia, es en aquellos lugares en donde las condiciones atmosféricas no puedan perjudicarla, y en donde pueda fácilmente restaurarse; en el interior de los marcos de las ventanas, a lo largo de las sutiles molduras de la entrada y sobre el zócalo de la casa. La forma cómo Nash empleó el estuco en el «Park Crescent», de Londres (principiado en 1812), demuestra una influencia continental y un parcial apartamiento de las grandes tradiciones.

Origen de las plazas arboladas de Londres.

¿Cómo nacieron las plazas arboladas de Londres? Este problema merece una respuesta sólo en cuanto pueda ayudarnos a concebirlo mejor como herencia arquitectónica. El anhelo por la consecución de zonas verdes en el interior de Londres se remonta a los tiempos góticos. En el Cuatrocientos la superficie de «Lincoln's Inn» fué considerada como un prado transformado en un paseo. Al propio tiempo otra superficie de terreno situada fuera de la ciudad, Moorfields, había sido empleada por sus habi-

<sup>5</sup> W. R. Davidge, «The Planning of London», *Journal of the Royal Institute of British Architects*, 10 marzo de 1938, pág. 438.

tantes como lugar de recreo para practicar el tiro al arco y otros deportes. Hasta el Seiscientos, el más importante de los parques públicos, «Hyde Park» — muy apartado de Londres y de las propiedades de la Corona —, estuvo abierto al público<sup>6</sup>.

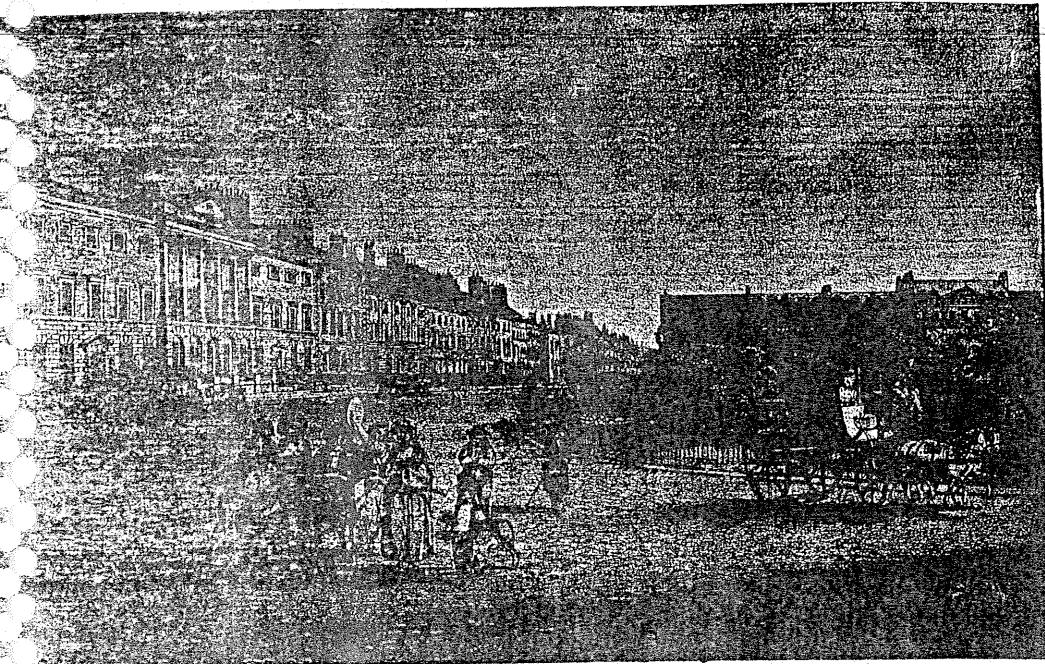
Fué asimismo en el Seiscientos cuando se construyeron las primeras plazas públicas. Fueron una consecuencia del anhelo de bastantes nobles terratenientes de edificar sobre sus propios bienes. Estas construcciones siguieron el trazado de las plazas barrocas en lugar de adoptar el característico de las calles propia-mente dichas. En torno al 1630 el Conde de Bedford destinó siete acres (casi tres hectáreas) de sus propiedades a efectos de su edificación. El resultado fué la primera plaza pública de Londres: «Covent Garden». Se ha hecho destacar más de una vez que esta primera plaza — que, entre paréntesis, no fué nunca terminada — es parecida a la Plaza «des Vosges», de París (1612). Ambas son típicas plazas seiscentistas, rectangulares y porticadas a todo lo largo de la planta baja de sus edificios. Naturalmente, quedaban abiertas al público y estaban desprovistas de césped y arbolado. La denominación de «plaza» dada a ésta y otras superficies del mismo tipo es un claro reconocimiento de su origen italiano.

El ejemplo del Conde de Bedford fué pronto seguido por el Conde de Leicester. La Plaza de Leicester, frente a la mansión de este prócer, fué trazada por él mismo, en 1635, según los mismos principios. Actualmente ha adquirido categoría de centro comercial y ha sido totalmente transformada. En 1665 el Conde de Southampton estaba construyendo una noble plaza o «square», una pequeña ciudad<sup>7</sup>, que se convirtió en un barrio residencial elegante. Más tarde se transformó en la Plaza Bloomsbury. Siguió otras diversas plazas: la de «Soho», en 1681, la de San Jaime, en 1684, y la de «Grosvenor» (Mayfair) en 1695 (fig. 384).

Después de este breve resumen queda comprobado que hasta fines del Seiscientos Londres, al contrario de París, se hacía cada vez más atrayente como lugar de residencia para las clases elevadas. Además, las plazas de Londres constituían superficies separadas, desparramadas en grandes distancias como las plazas francesas e italianas.

<sup>6</sup> Steen Eiler Rasmussen, *London, the Unique City* (Nueva York, 1937), págs. 86 y 92.  
<sup>7</sup> *The Builder*, 28 julio 1855, pág. 349.

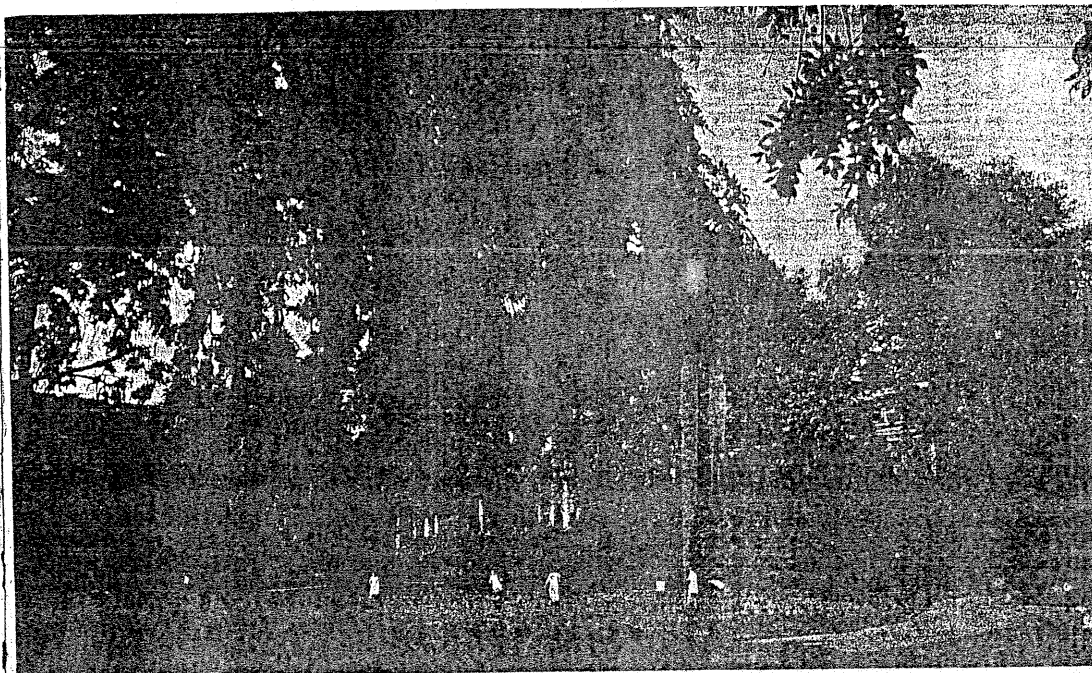




382. Plaza en Londres, en los primeros años del Ochocientos. Se ve a la izquierda la residencia del señor; en el centro, los plátanos en crecimiento del jardín público; y al fondo, el grupo de edificios para viviendas de alquiler.

La actividad constructora continuó aumentando durante el Setecientos. En el curso de esta centuria, el total de plazas construidas se elevó a unas quince<sup>8</sup>. En parte, esta actividad fue dedicada a llevar a término las plazas iniciadas en el Seiscientos. Así, pues, las de «Grosvenor» y «Hanover» fueron ultimadas en 1720, y la de «Berkeley» en torno al 1730. En el último cuarto del siglo la actividad constructora creció aún con ritmo más rápido: la «Adelphi Terrace», en las márgenes del Támesis, fue construida por los hermanos Adam en torno al 1770, la Plaza «Manchester» en 1774, la de «Bedford» en 1775, la de «Portland» en 1778, y la de «Fitzroy» en 1790. La máxima actividad se desarrolló en Bath después de 1730 — época en que brilló el primogénito de los Wood — hasta la construcción del «Royal Crescent», en 1767. Lo que es importante en Bath son las

<sup>8</sup> The Report of the Royal Commission on London Squares (Londres, 1928).



383. Plaza pública en la zona de Bloomsbury, alr. de 1825. A pesar de que Bloomsbury fuese originariamente un suburbio, aun en tal caso la separación entre sectores comerciales y de circulación era cuidadosamente mantenida. El resultado es que, aun hoy, sólo a un paso del lugar del tráfico más congestionado de Londres, las casas se hallan en relación inmediata y directa con sus campos de juego.

relaciones recíprocas entre las varias plazas y «crescents», relaciones mucho más sutiles que aquellas puramente axiales seguidas en la técnica urbanística francesa. Tales relaciones, ponderadamente calculadas, fueron alcanzadas en Londres solamente hacia fines del Setecientos.

### LAS PLAZAS-JARDIN DE BLOOMSBURY

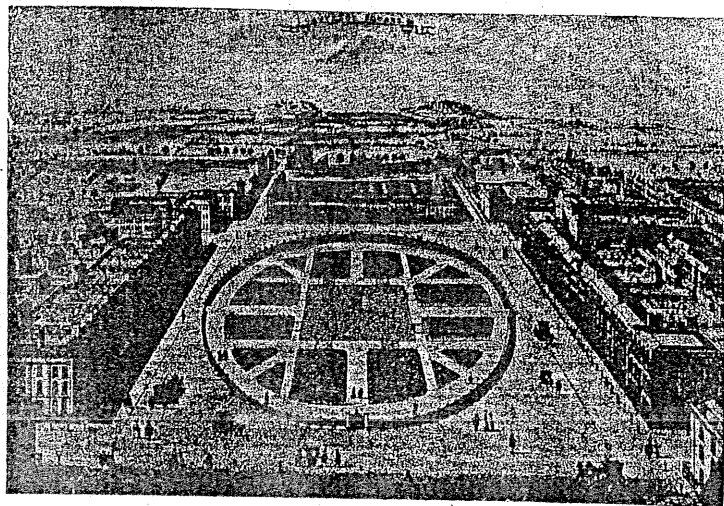
Aquellas armónicas relaciones recíprocas entre «squares», plazas y «crescents», que constituyeron el único título válido de que Londres puede envanecerse para conseguir llegar a un alto nivel urbanístico, fueron una realidad en los años entre el 1775 y el 1850<sup>9</sup>. En localidades como Bloomsbury, espacios bien or-

<sup>9</sup> La Memoria presentada por la Royal Commission on London Square (1928) sitúa el momento culminante de la construcción entre 1800 y 1850: «La actividad en

denados de todas formas — alargados, circulares, rectangulares, elípticos — se sucedían para formar un nuevo organismo conjunto. En ellos la herencia del último período barroco fué continuada de un modo absolutamente local, perfectamente adaptada a las peculiares condiciones de Londres.

Acento natural y humano de Bloomsbury.

El crecimiento organizado de Bloomsbury duró más de siglo y medio, aproximadamente desde el momento en que Luis XIV concibió la idea del traslado de su Corte a Versalles hasta que



334. Plaza «Grosvenor», Londres de principios de 1695. Una plaza del Setecientos puesta en medio de espacios abiertos, con la parte central transformada en jardín geométrico. Los jardines detrás de las casas, se extienden hasta confundirse con la campiña.

surgieron los grandes centros industriales, como Mánchester. Es el único ejemplo conocido, en un tan prolongado período del desarrollo urbanístico tendente hacia una perfección en constante progreso. Considerada como composición arquitectónica, Bloomsbury es, a su modo, una realización urbanística que con arreglo a derecho se puede situar en el mismo plano de ejecuciones asaz diversas, como la monumental plaza barroca ante San Pedro, y, más adelante, con la Plaza de la Concordia. No hay duda alguna de que, orquestando toda la gama de voces monumentales, estos

el desarrollo de las plazas públicas alcanza también su apogeo a principios del Ochocientos. En torno al 1850, prácticamente, todas las plazas públicas de mayor notoriedad eran llevadas a término» (pág. 11).

edificios hubieran obtenido un efecto mucho mayor, pero al distrito de Bloomsbury le corresponde un lugar junto a ellos. Porque, aun cuando allí se hayan empleado formas anónimas y sencillas, todas ellas son genuinas de un valor que no se pierde con el transcurso del tiempo; y la manera cómo fueron creadas unas después de otras, formando cada vez una unidad más amplia — plazas, «squares», terraces» — dió como resultado un barrio ciudadano que, por haber ido creciendo de una manera tan natural y humana, no hay hasta la fecha otro que lo supere.

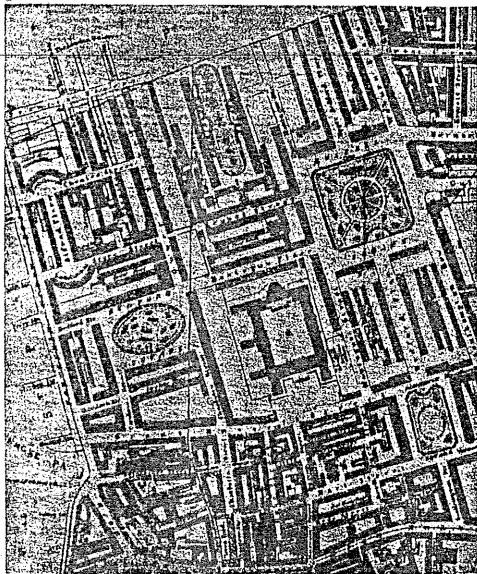
Es en todo unitario, un conjunto sencillo y con vistas al sentir del pueblo, en el cual el más pequeño alarde de monumentalidad constituiría una ofensa. Los palacios relativamente modestos de los Bedford y de los Montague, en torno a los cuales fué creciendo, no perturbaron su unidad, pero la construcción del Museo Británico, a principios del Ochocientos, fué motivo de introducir la desproporcionalidad con un elemento fuera de escala. Hoy día los enormes, artificialmente gigantesco edificios de la Universidad de Londres (todavía incompletos) amenazan destruir completamente Bloomsbury<sup>10</sup>. Dominando el conjunto, una monstruosa torre de 91'20 metros, que se lanza a lo alto como producto de una explosión, amenaza quebrantar para siempre la serenidad y cohesión de todo el distrito extendido a sus pies.

Pero la torre sirve por lo menos de alguna utilidad. Ofrece el único punto de vista favorable desde el cual poder ver todo Bloomsbury, y seguir el trazado de sus plazas. Desde ningún otro punto de vista es captable la disposición de las plazas. Distribuidas de tal modo que queda excluida toda amplia visualidad, sus relaciones recíprocas no se pueden percibir desde ninguno de ellos particularmente. Sólo desde lo alto es posible gozar del equilibrio de relaciones entre edificios y espacios abiertos; un equilibrio mantenido tan felizmente, que cada habitante disfruta un sentido igual de su intimidad, como de su libertad (figura 387).

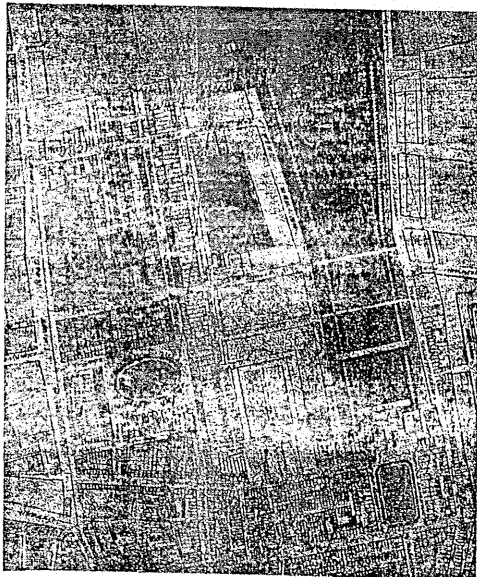
También las grandes arterias que enlazan con Bloomsbury son fácilmente visibles desde la torre — calles de Holborn y New Ox-

Los límites de Bloomsbury.

<sup>10</sup> «Artificialmente gigantesco», no solamente porque la torre rascacielos en el centro se hallaba enteramente en oposición con la escala prevalectante, sino también porque era una poco inteligente imitación de un modelo americano. Esta poco afortunada torre iba destinada a contener los salones de depósito de la biblioteca universitaria. En 1938 la mayor parte de las plantas superiores estaban completamente vacías; se averiguó que los reglamentos con respecto a la edificación impedían su empleo.



385. Bloomsbury a fines del Setecientos. Parte de las propiedades indicadas en un plano de 1795. Hace ver los límites originarios de los barrios poco antes de su máximo desarrollo, cuando estaba integrado aún, en gran parte, por las propiedades del Duque de Bedford.



386. Bloomsbury en el 1823. Plano de Jaime Wyld, grabado por N. R. Hewitt. Todo el trazado sigue la última tradición barroca, dando gran importancia a las plazas, aunque según una disposición flexible, sin formalismos. En su trazado, cuidadoso aunque irracional, es semejante al dibujo de un tapiz oriental, o a una pintura de Pablo Klee, si bien más de lo que en realidad exigían las rígidas composiciones axiales francesas.

ford hacia el Sur, y «Tottenham Court Road» al Oeste; Bloomsbury parece extenderse más en dirección al Este, hacia los jardines de «Gray's Inn» y las plazas más distantes, hasta desvanecerse su visión en lontananza. Los confines originarios del barrio, como los señala un plano de 1795 (fig. 385)<sup>11</sup>, fueron «Tottenham Court Road», «New Road», el Paseo de Southampton y la calle Holborn. Este plano define Bloomsbury precisamente poco antes del período de su máximo desarrollo, cuando comprendía aún en gran parte las posesiones propiedad del Duque de Bedford, con su residencia y los jardines anexos, sobresaliente conjunto arquitectónico.

La iniciación del barrio de Bloomsbury se remonta a los tiempos de la Restauración. La Plaza de Southampton — denominada más tarde Plaza de Bloomsbury — fué trazada en 1667 por el Conde de Southampton siguiendo el eje de la casa Bedford, su mansión residencial en Bloomsbury. La casa de los Bedford, con su *cour d'honneur* y sus extensos campos y jardines, dominaba la plaza. De este modo las casas y las zonas verdes, aunque sin arbolado, de la Plaza Bloomsbury estaban subordinadas, como en cualquier *place* francesa o *piazza* italiana, a una residencia aristocrática. La mansión de los Bedford se hallaba todavía en pie cuando, a finales del Setecientos, se incrementó una nueva actividad en materia constructora.

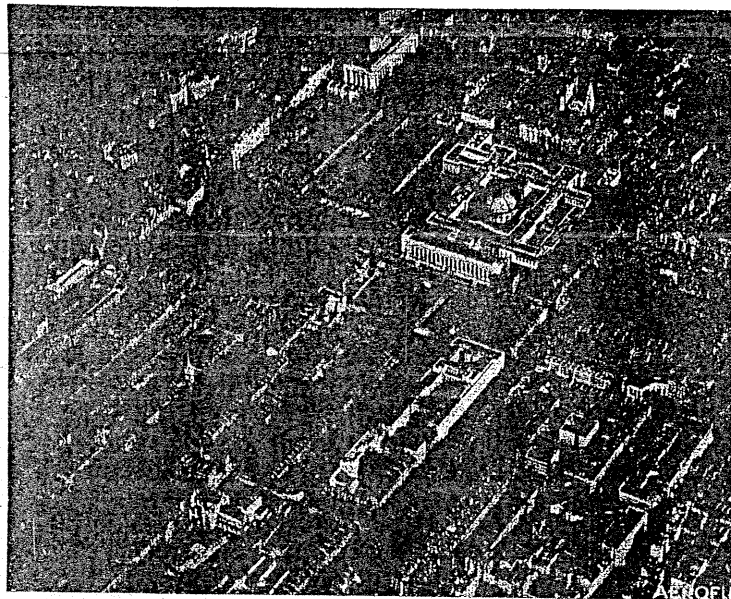
La primera de estas nuevas plazas fué la de Bedford. Se hallaba situada a cierta distancia de los jardines de la casa de los Bedford, y sobre un eje perpendicular con la Plaza de Bloomsbury. En el plano de 1795 aparece aislada y sin árboles, y del todo independiente de los edificios circundantes. Ejecutada en torno al 1775, esta noble plaza, con su recinto oval, es una de las pocas que van unidas al nombre de un arquitecto — en este caso Tomás Leverton<sup>12</sup> —. En el plano de 1795 aparece también la Casa Montague, residencia ciudadana de una familia emparentada con los Bedford. Era similar a la casa Bedford y tenía, como ella, una *cour d'honneur*. En 1753 pasó a ser la primera sede del Museo Británico.

La Plaza de Bloomsbury (1667).

La Plaza de Bedford (1775).

<sup>11</sup> Universidad de Londres. *The Bloomsbury Site* (alr. 1933), opúsculo de Eliza Jeffries Davis. Véase también *London Topographical Record*, XVII, págs. 78 y sigs.

<sup>12</sup> También esta atribución ha sido recientemente puesta en duda y, a falta de mejores pruebas, no puede ser tenida como incontestable. Véase Juan Summerson, *Journal of the Royal Institute of British Architects*, 6 de marzo de 1939, pág. 440.



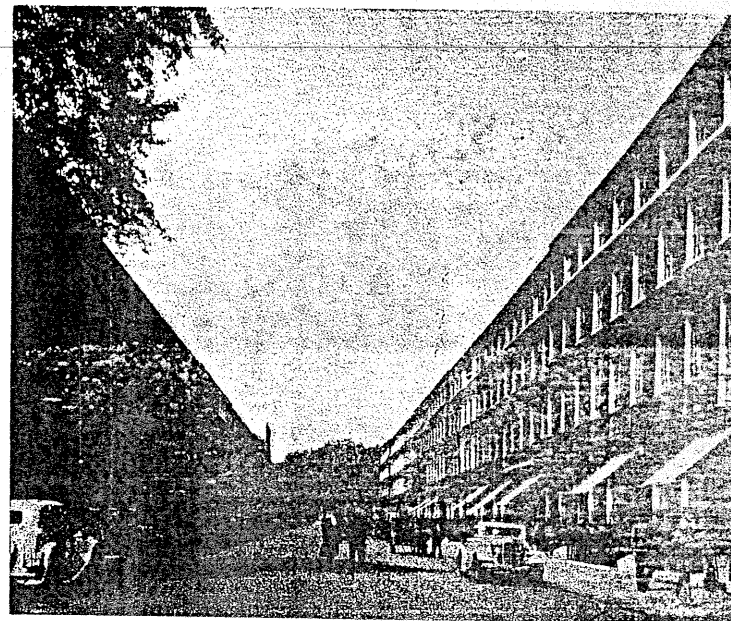
387. Bloomsbury, vista aérea de Russel, Bedford, Bloomsbury y plazas adyacentes. Sólo desde lo alto es posible darse cuenta del equilibrio entre edificios y espacios libres, y de la relación existente entre las distintas plazas.

Así, pues, a fines del Setecientos Bloomsbury tuvo tres puntos destacados: las Plazas de Bloomsbury y de Bedford, y el Museo Británico con sus jardines.

La Plaza de Bedford (1800).

El tercer y decisivo período en la evolución de Bloomsbury ocupa el primer cuarto del Ochocientos. El quinto Duque de Bedford demolió en 1800 su mansión de la Plaza Bloomsbury; con el edificio desaparecieron también sus bosques y avenidas. Sobre aquellos solares surgió la Plaza de Bedford, con sus casas ordenadas de modo ejemplar (fig. 388). Cuanto quedaba de los jardines fué también destinado para construcción de edificios. La Plaza Russel era la más amplia y señorial de todas ellas y constituía, en realidad, el corazón mismo de los jardines, de los que se había separado y conservado intacto en medio de los nuevos edificios.

No fué el mismo Duque quien llevó a cabo estos proyectos. Arrendó aquellos terrenos a Jaime Burton, traficante en tal clase de negocios y constructor a un tiempo, que fué quien planeó, pro-



388. Plaza de Bedford, desde la de Bloomsbury a la de Russel, principiada en 1800. Flanqueada por edificios cuya modesta arquitectura es el resultado de una tradición antigua y extremadamente refinada, no es una calle extendida según el uso continental, sino un breve enlace que une dos plazas. Es de un carácter estrictamente residencial, que no admite establecimientos comerciales.

yectó y ejecutó la Plaza Russel (1800-14)<sup>13</sup>, y al mismo tiempo llevó a cabo las obras en varias calles que afluyen a aquella plaza: la de Keppel, la Plaza Montague y el Paseo de Southampton. Burton fué extendiéndose constantemente en dirección al Este, esforzándose siempre por hallar una adecuada sistematización de los grandes espacios libres<sup>14</sup>. El terreno situado detrás de las casas de la Plaza Bedford, y que pone en comunicación Bloomsbury con la Plaza Russel, lo proyectó de césped y arbustos variados. El resultado fué particularmente feliz, porque los bajos edificios destinados a caballerizas o cuartos, situados detrás de las casas, no impedían la vista, y los espacios al final de la

<sup>13</sup> Estas fechas son el resultado de las recientes investigaciones de Juan Summerson. Fuentes precedentes—por ejemplo Enrique Clutton, «The Squares of London», *Builder*, 28 julio de 1855, pág. 349—indican como fecha la de 1804.

<sup>14</sup> Los «crescents» Norte y Sur, en línea segmentada, y la espaciosa Plaza «Alfred» (el amplio círculo que los rodea) constituyen algunas de las soluciones a las cuales se llegó.

línea de edificios enlazaban paralelamente con la zona verde, de modo que no existía ningún grupo de construcciones carente de perspectiva.

Tomás Cubitt.

Después de 1820, la obra de Burton en este barrio fué proseguida por Tomás Cubitt (1788-1855). «A los treinta y dos años era ya famoso en el mundo de la construcción por sus grandes talleres en Gray's Inn Road, en donde llevaba a cabo lo que nunca anteriormente había sido realizado, empleando personal perteneciente a todos los oficios dentro de un plan basado en un colectivismo permanente. Para mantener en eficiencia su organización adquirió terrenos y edificó en todos los lugares donde se le presentara una buena ocasión<sup>15</sup>. Cubitt llevó a término, en 1827<sup>16</sup>, la Plaza de Torrington adoptando un trazado cuadrangular muy prolongado que, aunque tenía suficiente distancia para salvaguardar la independencia entre los cuerpos de edificio opuestos, no se desperdiciaba terreno. Las intenciones de este desconocido arquitecto se hacen patentes en un plano de 1828 (solamente un año después de haberse terminado), en el cual está señalada una línea de árboles sobre el eje central del recinto (figura 386). Este jardín central ha venido siendo hasta hoy día uno de los más atractivos del barrio<sup>17</sup>.

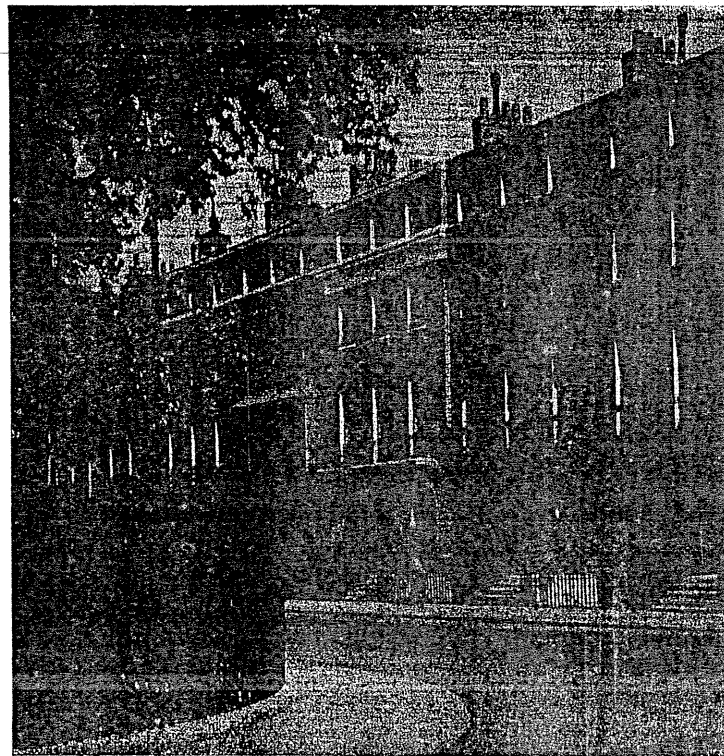
La casa unifamiliar, elemento básico.

En todos sus detalles, Bloomsbury se halla impregnada de la tradición arquitectónica del Setecientos. La delicadeza y la fantasía que caracterizan el planeamiento de sus ciudades se une aquí muy felizmente con el arte de los jardines naturales y el paisaje de los primeros tiempos del Ochocientos. El elemento fundamental es la casa unifamiliar. Las viviendas eran destinadas para las personas de carrera y de la alta burguesía: a los abogados y jueces del vecino «Gray's Inn», a los escritores y otras personas dedicadas a actividades intelectuales similares.

<sup>15</sup> Summerson, *Journal of the Royal Institute of British Architects*, 6 marzo de 1939, página 442.

<sup>16</sup> Según Summerson. Para Davis (*London Topographical Record*, XVII, 92) fué terminado en 1829.

<sup>17</sup> Cubitt fué un precursor en la construcción de grandes unidades de edificios, uno de los pocos empresarios que podían emprender labores en gran escala y llevarlas a término felizmente. Pero es quizá más importante hacer notar que aunque él era esencialmente un constructor de calles y plazas públicas, dentro de la última tradición barroca, sentía no obstante una particular atracción hacia las nuevas posibilidades. En 1839 ingresó como miembro de la Institución de Ingenieros Civiles. Una de las aportaciones con que contribuyó a su incremento fué un ensayo titulado «Experimentos acerca de la dureza del hierro colado». Hacia el fin de su vida, cuando la exposición del Palacio de Cristal había sido emprendida con éxito dudoso. Cubitt hizo todo lo posible para apoyarla, y figuró entre los más entusiastas que garantizaron la seguridad de que los fondos continuarían afluyendo.



389. Barrio de Bloomsbury, Plaza Woburn, línea de casas, alr. de 1825-30.

Las casas son tratadas como los jardines, en unidad homogénea. También aquí se ejerce una sabia distinción entre cuanto debe ser de uso privado y cuanto es preferible utilizarlo de manera colectiva.

La arquitectura se halla carente de caracteres artísticos definidos; tiene aquella manera de ser algo independiente de los caprichos de la moda que a menudo se encuentra también en las casas rurales. No obstante, el refinamiento se hace sentir en cada uno de los detalles de estos edificios, desde las cubiertas en pizarra, ligera como el papel, a los balcones en hierro forjado y a la graciosa curva de sus escaleras interiores. Algunas veces el balcón se halla cubierto por una pequeña marquesina de hierro, de factura tan delicada, que más se asimila a la nervadura de una hoja vegetal que a una pieza realizada en material metálico.

La planta baja de las casas particulares continúa la tradición del último período del Setecientos. En el centro de la vivienda existe una escalera, que asciende en tramos curvilíneos hasta lo más alto del edificio, coronada por una claraboya. Esta disposición, adoptada por primera vez por los hermanos Adam en su «Adelphi Terrace» (principiada en 1768), deja los muros exteriores despejados. De este modo todas las estancias reciben luz directa del exterior. Las habitaciones, por otra parte, son de óptimas proporciones, ni exageradamente grandes ni demasiado reducidas. A sus dimensiones podemos darles el calificativo de humanas.

Ha sido con razón censurado el que generalmente las dependencias para el servicio, situadas en los sótanos, quedaran expuestas al polvo de la calle, demostrando con ello una gran carencia de sensibilidad. Ciertamente es ello un defecto en la concepción del proyecto, pero sin embargo es más humano que la costumbre continental de confinar a las personas de la servidumbre en las sofocantes estancias de las buhardillas.

Las caballerizas.

El patio interior para los efectos de la luz, empleado más tarde por los constructores del Continente, con consecuencias tan desastrosas, ha sido aquí felizmente evitado. Todas las habitaciones, tanto las que dan vista a la calle como las correspondientes al patio interior, gozan de un amplio espacio por donde reciben abundante luz. Las cuadras o caballerizas, así como las estancias para los cocheros, se hallan emplazadas en edificios de una sola planta, algo separados de las casas, y detrás de ellas, evitando así la posibilidad de cualquier obstáculo que impidiera la vista. Esta combinación de casas altas y de caballerizas bajas en la parte posterior de los jardines destaca ya en el último período del Quinientos. Hasta el año 1860, se daba algunas veces el caso de que el espacio era doblemente ancho, y esta amplia superficie la ocupaban las dos caballerizas, quedando un camino para el servicio exclusivo de los coches.

Un desenvolvimiento dirigido.

Estos barrios de Londres resumen y continúan una experiencia arquitectónica que se remonta a los tiempos del Renacimiento. No obstante, eran el producto de la especulación al igual que aquellos edificios de tipo residencial que más adelante llevaron al caos la estructura de las ciudades continentales. La diferencia consistía en el sistema dirigido. Los constructores que intervinieron en las obras de reconstrucción de París debieron sujetar-



390. Kensington, Londres, 1830-40. Vista aérea. Aunque de dimensiones relativamente modestas, las plazas de Kensington revelan cómo una gran libertad de concepción y nuevas formas orgánicas fueron puestas en juego hasta conseguir su total desenvolvimiento.

se, con respecto a las fachadas, a las exigencias impuestas por Haussmann, pero no quedaban obligados a más. Lo que había detrás de las fachadas no quedaba sujeto a régimen alguno, y así eligieron los medios más rápidos a fin de obtener los mayores beneficios, y quedando los edificios, en sus manos, reducidos a fachada y patio para la luz interior. En Londres, los propietarios de los terrenos en los cuales se levantaron muchos de los edificios ejercían una vigilancia mucho más severa. Estos propietarios estaban habituados a calcular en términos de centenares de

años. Los terrenos, y cuanto allí se edificaba, tenía que revertir a su propiedad en un plazo no superior a los noventa y nueve años. Sabiendo muy bien que aquellas propiedades podían ser disfrutadas de modo abusivo, se reservaban, en los contratos de arriendo, la facultad de poder intervenir a toda hora en las incidencias del disfrute de los terrenos; y aquellas personas a quienes confiaban la administración de sus fincas tenían facultades para hacer lo que creyeran conveniente a fin de mantenerlas en buen estado de conservación para el caso de que quedaran des-cuidadas.

Otras plazas arboladas.

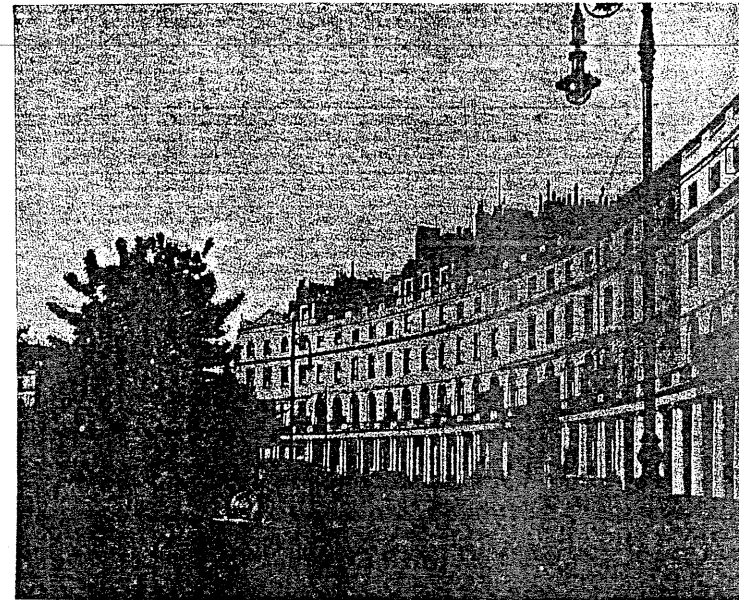
Deambulando por Londres, nos encontramos a veces ante plazas construídas entre 1830 y 1860, en lugares los más diversos, y donde menos se espera, de la ciudad<sup>18</sup>. Alguna de estas plazas, casi desconocidas (por ejemplo la de Lloyd, de alr. de 1840), fueron planeadas con vistas a contener edificios para inquilinos de reducida renta, pero aunque más sencillas en su ejecución que la de Bloomsbury, fueron también realizadas de modo que se adaptaran a las modalidades del vivir humano<sup>19</sup>. Otras, como las plazas de Kensington (1840), eran igualmente de dimensiones más bien limitadas, pero demuestran una gran belleza en su disposición y una gran perfección en el logro de formas orgánicas nuevas (fig. 390). Todas, independientemente de su ubicación y de sus proporciones, son el producto de una ordenación urbana que se esfuerza para conseguir una modelación plástica del espacio. Continúa la tradición setecentista de ciudades como Bath y Edimburgo. Alcanzan una unidad placentera; y ello nos conforta, porque es la demostración de cuánta vitalidad puede ser introducida en la estructura de una ciudad mediante la inserción de conjuntos creados en plena libertad.

Decadencia de-  
pués de 1860.

Una decadencia evidente se observa después de 1860, especial-mente en los caracteres arquitectónicos de los edificios para vi-vienda. La fachada, que hasta ahora se mantenía en los límites de la discreción, se vulgariza; las ventanas aparecen abundantes de ornamentación; la totalidad del edificio se desintegra en par-tes distintas y contrastantes. Además existían otras influencias.

<sup>18</sup> En 1858 el *Building News* se halla todavía en condiciones de anunciar nuevas obras. «Se hallan actualmente en construcción diecinueve plazas con sus jardines en los suburbios de Londres.» Cita las de «Kensington Gardens», «Leinster Square», «Bayswater Square», con sus «casas para viviendas de primer orden»; «Princess Square» y «Norfolk Square». Todas ellas radican en los barrios de Bayswater y Paddington: (*Building News*, 7 mayo de 1858, pág. 470).

<sup>19</sup> Véase Cristóbal Hussey, «Georgian London, the Lesser-Known Square», *Country Life* LXXXV (28 enero y 4 marzo de 1939), págs. 91-94 y 224-225.



391. JUAN NASH, «Park Crescent», Londres, principiado en 1812. Cada una de las casas son consideradas como partes de una unidad, organizadas en un solo bloque semicircular, con una fachada de arquitectura uniforme. «Park Crescent» fué la iniciación del desarrollo urbanístico, en gran escala, de «Regent's Parks».

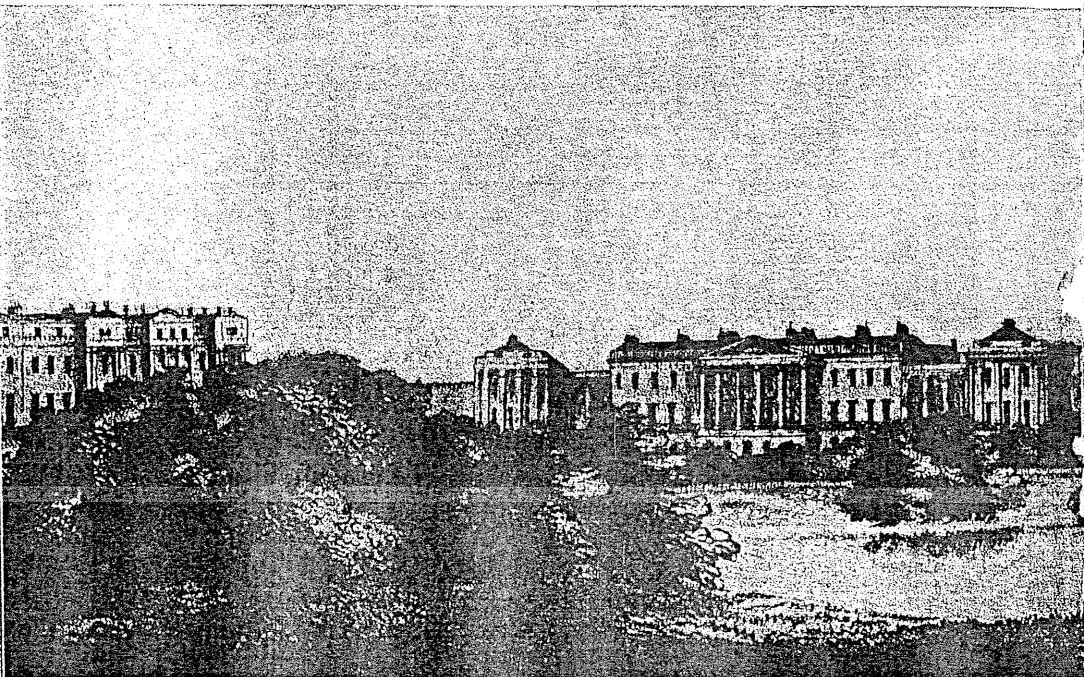
La plaza tratada como una unidad había quedado suplantada por la casa suburbana semi-aislada, con el jardín en miniatura. A lo largo de las grandes carreteras se desarrollaban barrios consistentes en líneas interminables de casas minúsculas, situadas en hilera como pequeñas cajas y bordeándolas en su curso; barrios que, a mayor o menor distancia, desembocaban en otros barrios. Angustiosos ya de por sí, estos suburbios constituían una rémora para cualquier vasto programa de ordenación urbana.

#### PLANEAMIENTO URBANO EN GRAN ESCALA «REGENT'S PARK»

Durante las últimas fases del desarrollo de Bloomsbury, Juan Nash recibió el encargo de hacer el proyecto de los edificios y jardines para lo que entonces era el Parque «Marylebone», una amplia extensión de pradería que era propiedad de la Corona, situada en la extremidad septentrional de Londres. El Regente

Juan Nash y  
«Regent's Park».

deseaba transformarla en un barrio residencial no excesivamente poblado de edificaciones. Particularmente su deseo era el de que se creara un nuevo parque accesible para todos los habitantes de la ciudad. Nash realizó el diseño de su primer proyecto en 1812 (fig. 394), y después de algunas modificaciones, que retardaron la ejecución del proyecto, éste fué llevado a su realización



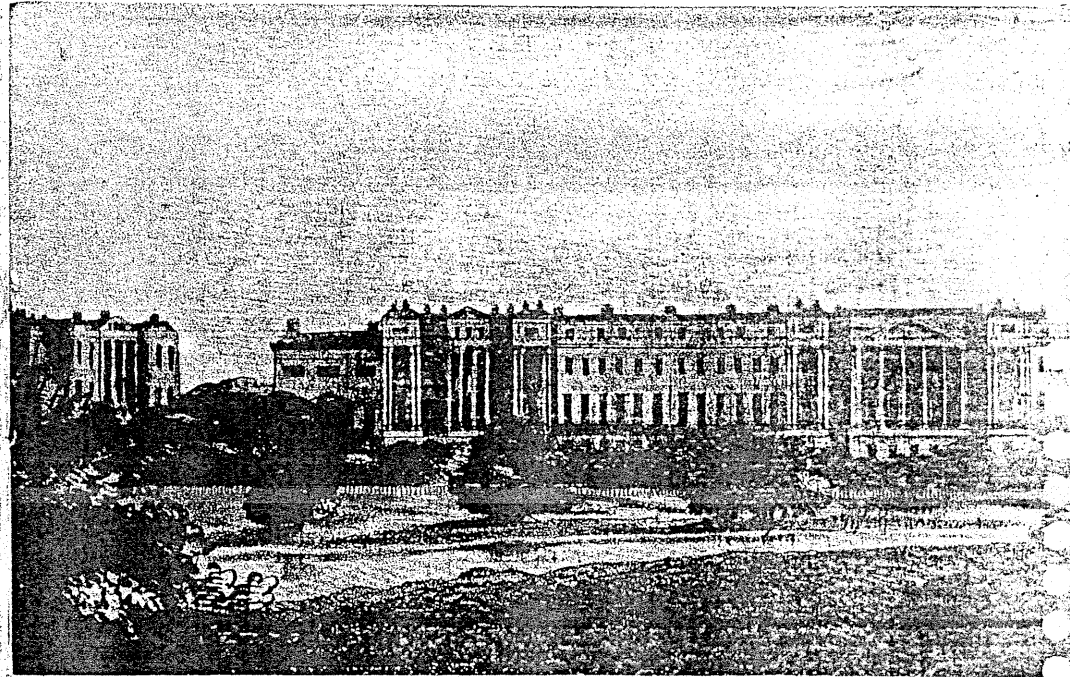
392. JUAN NASH. El «Park Crescent» antes del bombardeo en la segunda guerra mundial.

con asombrosa rapidez entre los años 1820 y 30. El resultado fué «Regent's Park» y sus «terrace».

Al extender su plan, Nash «declaró que su finalidad tenía tres objetos: primero, asegurar su máximo rendimiento a la Corona; segundo, acrecentar las bellezas de la Metrópoli; y tercero, atender tanto la higiene como la comodidad del público»<sup>20</sup>. Su obra

<sup>20</sup> W. R. Davidge, «The planning of London», *Journal of the Royal Institute of British Architects*, 10 marzo de 1934, pág. 443.

fué otro intento para disponer libremente de grandes conjuntos de edificación en pleno contacto con la Naturaleza. Más que en el ejemplo seguido por las plazas públicas de Londres, la línea general de estos edificios podríamos decir que se remonta a Versalles, y continúa a través de los «crescents» de Bath y de los trazados para la urbanización de cualquier otra ciudad inglesa



393. JUAN NASH, Desarrollo urbanístico en gran escala en las inmediaciones de «Regent's Park». Estas casas estaban destinadas para la nueva y acomodada burguesía del primer cuarto periodo del Ochoientos.

«Regent's Park» se halla sobre el eje de la Plaza Portland (1778), llevada a cabo por los hermanos Adam. La calle Regent's, también obra de Nash, unía «Regent's Park» y la Plaza Portland con «Piccadilly Circus», en el corazón de Londres. Esta impresionante arteria comercial fué construída en torno al 1820, y fué terminada precisamente cuando se iniciaba la construcción de edificios en torno a «Regent's Park». Las dos obras de Nash son la contrapartida de Inglaterra a la calle de Rivioli, de Napoleón.



Nash había iniciado las obras para su «Park Crescent» en 1812 (fig. 391) en la extremidad de la Plaza Portland. Los tiempos, no obstante, no se presentaban todavía muy propicios para ello. Napoleón no había sido aún vencido, la situación comercial no se hallaba estabilizada y las bancarrotas eran frecuentes. Pero en 1825 ya todo había ido consolidándose, y se había afirmado una nueva clase de ricos.

Era pensando en esta nueva clase cómo se construyeron las casas para viviendas de «Regent's Park». Una clase opulenta y anónima, enriquecida por medio de la industria, el desarrollo del comercio colonial y al socaire de las victorias obtenidas por los ingleses sobre el campo de batalla<sup>21</sup>; tenían todos ellos suficientes medios para poder pagar las magníficas casas que Nash había proyectado destinadas a tal fin. Casi podríamos decir que, de la noche a la mañana aparecieron en 1825 aquellas largas líneas de edificios porticados («terraces») que, partiendo de «Park Crescent» abrazan «Regent's Park» como si se tratara de dos gigantesas pipzas de un cangrejo. Situadas a cierta distancia de la calle que circunda el parque, la mayor parte de las casas tienen su superficie a más alto nivel, teniendo delante una terraza sostenida por un porticado que las separa de la calle. Así consiguen una visual directa sobre el extenso espacio libre del parque, aunque su total perspectiva no pueda dominarse.

También en «Park Crescent» las casas individuales eran tratadas como partes de una unidad, una unidad que a menudo se compone de cincuenta casas distintas (fig. 393). Pero a pesar de tener en cuenta el efecto del conjunto, el resultado obtenido no es tan logrado como en Bloomsbury. Las «terraces» eran a sabiendas concebidas como casas poco diferenciadas entre sí, aunque preponderando en ellas un cierto acento de monumentalidad. Recuerdan al «Royal Crescent» de Bath, pero en las partes centrales de sus columnas se vislumbran los gérmenes de un más avanzado estilo ochocentista.

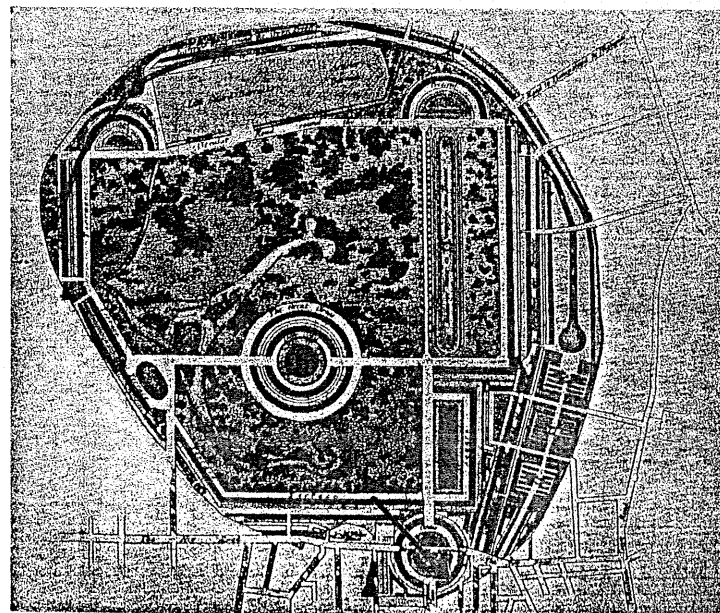
Audacia en el modo de tratar el espacio exterior.

Para nosotros, el plano primitivo de Nash, de 1812, que desgraciadamente no tuvo ejecución, nos interesa realmente más que la efectiva realización del parque y de los edificios. Porque en aquel plano se vislumbra una audacia de imaginación y un esforzado tratamiento del espacio exterior que tienen hoy gran

<sup>21</sup> Se dice que observadores enviados por los financieros londinenses siguieron toda la campaña de Wellington, y comunicaron las noticias más importantes valiéndose de palomas mensajeras.

valor significativo. El sencillo esbozo de aquel plano, que aparece en la biografía de Summerson, demuestra la originalidad y el alcance del pensamiento de Nash<sup>22</sup>. La audacia de su concepción se hace patente en varios detalles realmente sorprendentes.

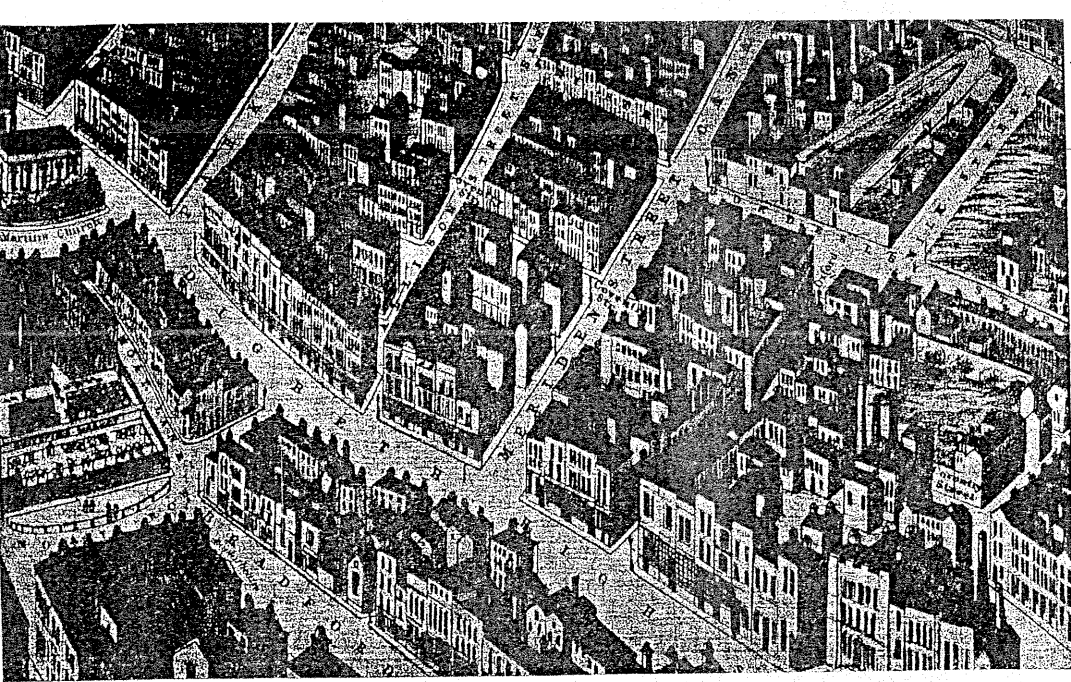
Ante todo, Nash tenía la intención de construir, al norte del parque, dos grandes «crescents» semicirculares, que aparecerían



394. JUAN NASH, Primer proyecto del desarrollo urbanístico de «Regent's Park», 1812. Este plano, que no fué ejecutado tal cual, es un intento de disponer a su anejo de grandes conjuntos urbanísticos en espacios libres. Aquí no se seguía tanto el ejemplo de las plazas arboladas de Londres como la corriente que se inicia en Versalles, y prosigue a través de los «crescents» de Bath y la planimetría de alguna otra ciudad inglesa, teniendo su continuación en nuestros días.

erigidos allí como dos enormes semicilindros sumergidos en un piélagos de verdor. Quería también colocar un doble círculo en el centro del parque. Los edificios de estos anillos concéntricos tendrían que mirar en dos direcciones opuestas: uno hacia el interior, el otro hacia el exterior<sup>23</sup>. Pero también es muy interesante

<sup>22</sup> Juan Summerson, *John Nash, Architect to George IV* (Londres, 1935), pág. 113.  
<sup>23</sup> Summerson ha descubierto que el gran doble círculo no había sido en su totalidad original de Nash. Encuentra un proyecto del año 1794 lo que «fué obviamente el prototipo del plano de Nash». (*Journal of the Royal Institute of British*



395. Vista de Birmingham, 1850. Las plazas arboladas de Bloomsbury no dan una imagen completa de las transformaciones sufridas durante la primera mitad del siglo por las ciudades inglesas sometidas a la industrialización. Su efecto devastador sobre el urdido urbano se revela en esta vista a vuelo de pájaro de Birmingham. Barrios residenciales e industriales se hallan mezclados de modo inextricable; patios interiores se hallan inmersos, sin aire, entre chimeneas y fábricas.

su propuesta de encerrar la parte oriental del parque mediante una sucesión de casas con terraza. Su idea era la de inmerger en el parque grandes conjuntos de edificación con una libertad de composición que aun hoy día se consideraría audaz. En el ángulo sudeste, comprendiendo la entrada principal<sup>24</sup>, una plaza abierta, que Nash se imaginaba más amplia que la de Russel, se uniría al espacio libre del parque. Próximo y paralelo al breve brazo superior de esta plaza, situaba un largo edificio aun más extenso; y en ángulo recto con éste, y algo más atrás, una edificación aislada que, en absoluta asimetría, se extendía abarcando casi la mitad de la longitud del parque (fig. 394).

*Architects*, vol. XLVI, 6 marzo de 1939, págs. 444-445). Este era obra de arquitectos poco destacados, otra prueba más de que la urbanística era, en aquel período, algo que estaba al alcance de todos; como ocurre hoy día con los proyectos para construcción de maquinaria.

<sup>24</sup> En el plano de Nash la entrada principal queda situada al sur del parque, como lo está actualmente. Se le dió la forma de un círculo, que conducía a la Plaza Portland. Como puede observarse, solamente la mitad al Sur — «Park Crescent» (1812-19) — fué construida.

Tal articulación del espacio exterior, con cuerpos de edificio que, avanzando y retrocediendo, no podían ser dominados a primera vista, no fué jamás efectivamente realizada en aquel tiempo. Pero la libre disposición de grandes unidades de viviendas en íntimo contacto con la Naturaleza, como aparece en este primer proyecto de Nash, fué ya una vislumbre de cuanto intentamos hacer hoy. De la misma manera que Francisco Borromini, en el último período del Seiscientos, amplió los confines de la arquitectura con sus investigaciones dirigidas a la interpretación de los espacios interior y exterior, así también Nash, en este proyecto se aproximó, en el campo de la urbanística, a aquella libertad de articulación del espacio que estamos intentando conseguir también nosotros, aunque en mucha mayor escala.

Londres, en la actualidad.

Hemos visto ya que el requisito fundamental para el planeamiento de una ciudad es la existencia de una autoridad única que dirija para solventar las discrepancias que puedan existir entre los diversos propietarios de los terrenos donde aquélla debe asentarse. Pero es quizá tanto más importante el que aquélla autoridad, además de la dirección, posea el conocimiento de lo que es la urbanización de ciudades. En nuestros tiempos, gigantescos bloques de edificios para vivienda o comerciales se han erigido en bellas plazas del último período barroco — la Plaza Berkeley, por ejemplo — hasta el extremo de malograr su conjunto. No son solamente los bloques de edificios destinados a negocio los únicos culpables. La Universidad de Londres está perseverando con obstinación en la labor de envilecimiento del más bello distrito de la ciudad. Varios sectores influyentes de la capital han alzado su voz para advertir: «¡Salvad las plazas de Londres!». Se ha nombrado una Comisión Real, y ha sido promulgada un «Acta de Conservación»<sup>25</sup>. Ninguno de estos esfuerzos tiene probabilidades de alcanzar gran éxito. Influencias tanto procedentes del continente, como americanas, parecen haber hecho perder a Londres aquel sentido de las proporciones al cual se debe Bloomsbury.

<sup>25</sup> Véase «The London Squares Preservation Act», *Journal of the London Society*, número 169 (marzo 1932), pág. 39.

## LA CALLE SE CONVIERTE EN ELEMENTO PREDOMINANTE. LA TRANSFORMACIÓN DE PARÍS, 1853-68

Contraste entre París y Londres.

Las plazas arboladas de Londres son anteriores al ferrocarril; la transformación de París, en cambio, es fruto de los años de fiebre y actividad que acompañaron a aquel descubrimiento. Tales plazas de Londres fueron concebidas primordialmente como lugares en donde vivir, excluyendo las desordenadas vías transversales. El tráfico de Londres — ciudad más grande, en aquel tiempo, que tres veces París — circundaba a distancia el distrito de Bloomsbury; y lo propio ocurría en muchas otras zonas de la ciudad; los barrios residenciales seguían manteniéndose inalterables, y sistemáticamente aislados de las arterias de tráfico.

La situación en el París de Napoleón III era del todo diversa. Allí predominaba sólo un elemento: la calle, el «boulevard» abierto y sin final aparente. La gran ciudad de la segunda mitad del Ochocientos, la metrópoli de la era industrial improvisada entre los años 1850 y 70, asume su forma típica en París. En ninguna otra ciudad de aquel tiempo la transformación derivada del desenvolvimiento industrial se produjo tan impetuosamente.

### París en la primera mitad del Ochocientos

Napoleón III inicia la transformación

Un gran plano de París pendía de una pared del estudio de Napoleón III, en Saint-Cloud. Con su misma mano — «su propia augusta mano», como Haussmann prefería decir — va señalando las transformaciones que intenta efectuar en la ciudad. Las modificaciones propuestas iban señaladas en colores rojo, azul y verde, según tuviera mayor o menor urgencia su ejecución. En su mayor parte, las que estaban marcadas en verde no llegaron a realizarse nunca.

El original, y todas las copias posteriores que de él se hicieron, excepto una, fueron destruidas por un incendio. La copia que escapó a la destrucción fué hallada recientemente en la biblioteca del castillo de Berlín, por un historiador francés<sup>26</sup>. Aquella había sido ofrecida al rey de Prusia por el mismo Napoleón III con ocasión de la visita que el Monarca alemán efectuó a la Exposición de París de 1867, en el apogeo del Segundo Imperio. El plano no coincide absolutamente con el original, porque cier-

<sup>26</sup> Andrés Morizet, *Du vieux Paris au Paris moderne* (Paris, 1932), pág. 130.

tas obras — la prolongación de la calle de Rivoli, por ejemplo — son presentadas antes de tiempo como existentes (figura 396). No obstante ofrece, desde el primer golpe de vista, una idea de la enorme labor urbanística llevada a cabo en el breve período de diecisiete años.

A primera vista, las líneas de trazos más gruesos, que atraviesan en zigzag la densa confusión de las casas en el centro de la ciudad sugieren, más que un plano regulador urbano, el trazado de un sistema de trincheras defensivo en un punto difícil del terreno. Y, en efecto, se trataba de una especie de sistema de trincheras, teniendo en el pensamiento la idea de poder hacer frente a un enemigo interior. Según una autoridad francesa<sup>27</sup>, durante los veinticinco años que transcurrieron entre 1827 y 1851, las calles y avenidas de París habían sido interceptadas por las barricadas en nueve distintas ocasiones. Ello exigía remedios drásticos, y la mejor manera de dominar las insurrecciones, tan pronto producidas, era la de poseer una amplia e ininterrumpida red de calles.

Pero como sea que la Historia se aparta de proceder en línea recta, y rehuye el seguir planes razonablemente preconcebidos, estas calles y bulevares del Segundo Imperio no fueron jamás de utilidad para la defensa de París. El enemigo que derribó a Napoleón no procedía del interior de su capital.

El rápido crecimiento de las grandes ciudades — o sea el aumento de su número al propio tiempo que la impetuosa expansión de sus habitantes — es el fenómeno más destacado dentro de la concepción urbanística ochocentista. Fué en la segunda mitad del siglo, y precisamente cuando había la mayor incertidumbre acerca de cómo había de organizarse la vida, para que se hallara en condiciones de afrontar los nuevos métodos, que se efectuó en gran parte este desarrollo. De esta rapidez e inseguridad dependió el cometido más grave que los urbanistas del período sucesivo se vieron obligados a afrontar. Habíamos ya demostrado que el desorden social que se refleja claramente en la urbanística en torno a la mitad del Ochocientos se halla en relación con la disociación entre los métodos del pensar y del sentir durante el mismo período.

El aumento en el número y en la extensión de las ciudades, y la difusión de la industria, son hechos en relación recíproca. La

<sup>27</sup> Morizet, *ob. cit.*, pág. 133.

Objetivos de su magna empresa.

La industria y el desarrollo de las grandes ciudades.



transformación, por ejemplo, de Londres en una gran ciudad Ochocentista precede al cambio similar, en París, de aproximadamente medio siglo. El mismo intervalo existe entre la industrialización de Inglaterra y la industrialización de Francia.

Como consecuencia de la Revolución francesa, la población de París disminuyó en cerca de cien mil habitantes. Pero entre los años 1802 y 1848, después de aquella disminución, los habitantes doblaron su número, pasando del medio millón a más de un millón. Durante los dieciocho años del reinado de Luis Felipe los gastos en labores de urbanística para la ciudad de París ascendieron a una suma total de cuarenta millones y medio de francos. Ello representaba una media inferior al medio millón de dólares al año. En el mismo período — 1831 a 1848 — la población pasó desde los tres cuartos de millón a más de un millón.

El objetivo que se proponía el Conde Rambuteau, prefecto durante el reinado de Luis Felipe, era el de «dar a los parisienenses agua, aire y sombra». No puede decirse que saliera del todo vencedor en su intento, ya que después de su prefectura siguieron circulando por las calles de París, para suministrar el agua, veinte mil carros-cuba, y su única fuente de abastecimiento continuaba siendo el Sena. En general no se han estimado en todo su valor las mejoras hechas por este noble borgoñón. Un historiador francés lo considera como un personaje más bien ridículo, que se comportó en toda su obra con una mentalidad de pequeño burgués, que no se arriesgó jamás en empresas cuyo coste excediera del efectivo que realmente existía disponible en Caja<sup>28</sup>. Por otra parte, una autoridad inglesa lo considera como un precursor de Haussmann, a quien se anticipó en la creación del moderno París<sup>29</sup>.

Rambuteau (que anteriormente había sido también prefecto de Napoleón I) fué en realidad una persona extremadamente amable. Poseído de gran tacto y comprensión, no carente de conciencia social y de respeto para el prójimo, Rambuteau amó también genuinamente cuanto se relacionaba con la Naturaleza. Como prefecto del Departamento suizo del Valais, bajo el reinado de Napoleón I, implantó el cultivo de vides de la Borgoña a aquellos valles, que ofrecían inmejorables condiciones para su

<sup>28</sup> Morizet, *ob. cit.*, págs. 104 y sigs.

<sup>29</sup> O. F. Abbott, «A Maker of Modern Paris», *Contemporary Review* (Londres), n.º 873 (septiembre 1938), págs. 350-356.

← 396. Plano del París de Napoleón III, *El proyecto personal del Emperador para la transformación de París.*

París durante el reinado de Luis Felipe.

El Conde Rambuteau, precursor de Haussmann.

desarrollo. En cambio, introdujo en la Borgoña los abetos del Valais. Durante los quince años de su prefectura en el Departamento del Sena (que terminó con la caída de la Monarquía de Julio), explanó y pavimentó los Bulevares de Saint-Denis y de Bonne Nouvelle, donde plantó cuidadosamente árboles y les dió su aspecto actual.

Rambuteau laboró sin tregua con el fin de humanizar las instituciones para los desgraciados prisioneros y enfermos, los orates y los pobres. Su nombre va asociado a la cárcel modelo de Mazas, al hospital de Lariboisière y a la Salpêtrière, cuyos métodos bárbaros y teorías para curar a los orates fueron reformados mediante su iniciativa. Instituyó campos de juego y situó bancos en las plazas y jardines públicos, donde antes de su prefectura sólo había sillas, y aun de alquiler.

En resumen, Rambuteau no fué un personaje ridículo, aunque tampoco fué el creador del moderno París; fué sencillamente el típico representante de la Monarquía de Julio, como Haussmann lo fué del Segundo Imperio. Realizaciones en tan vasta escala son posibles solamente bajo aquellos regímenes que en realidad las desean y que para lograrlas recurren a todos los medios e instrumentos adecuados a la empresa. Durante el reinado de Luis Felipe, Haussmann no hubiera sido toda su vida más que un prefecto provincial, y no habría hallado jamás el impulso que dió salida a la fecundidad de su talento.

#### Los «Trois réseaux» de Eugenio Haussmann

Repetidamente, en muchos campos diversos, París había sido el centro de Europa. El espíritu animador de cada época se halla cristalizado en sus monumentos — desde la Santa Capilla a la calle de Rivoli —. Pero esta espléndida herencia se hallaba confundida entre el piélago de una ciudad absolutamente desorganizada, en donde tales monumentos quedaban rodeados, aislándolos del resto, por un verdadero laberinto de calles. Los esfuerzos hercúleos de Jorge-Eugenio Haussmann (1809-1891), prefecto del Sena bajo Napoleón III, transformaron drásticamente esta situación. Su propósito fué crear un espléndido marco para la gran tradición, aun viva en París. Y quería además que esta capital fuese la primera de las grandes ciudades que se pusieran a tono con la época industrial.

Ya hemos mencionado el hecho de que Napoleón III había esbozado las líneas generales de la transformación de París antes

de que llamara a Haussmann. Había ya puesto mano en la realización de algunos de sus proyectos; la prolongación de la calle de Rivoli, el Bulevar de Estrasburgo (cuyo punto de partida, la Estación del Este, estaba en curso de ejecución), los trabajos de preparación del Bosque de Bolonia y la construcción de los Grandes Mercados (que habían sido solicitados poco antes de 1840) <sup>30</sup>.

Napoleón, no obstante, tuvo escaso éxito en estas empresas. Había propuesto, por ejemplo, el desviar un curso de agua a través del Bosque de Bolonia, para seguir el ejemplo de «Hyde Park». El lecho del río había sido ya excavado bajo la dirección de un viejo *jardinier-paysagiste* que había estado ocupado en las propiedades del padre de Napoleón, cuando Haussmann apareció en escena. Éste descubrió que el agua, en ciertos puntos del recorrido, debería seguir su curso en sentido ascendente. El viejo jardinero «avait commis une erreur, sinon un complet oubli de nivellement» <sup>31</sup>. No quedó otro remedio que el de contentarse con dos lagos a niveles diversos en lugar de establecer el curso de agua. Una similar negligencia en las más elementales reglas establecidas para las labores de continuación de la calle de Rivoli llevó poco más tarde a serias dificultades. También la iniciación de las obras para los Grandes Mercados no fué mucho más alentadora. Ya hemos visto que el primer pabellón, erigido en piedra, tuvo que ser demolido.

En esta materia Napoleón se comportaba como en política; esbozaba grandes proyectos, pero cuando surgían dificultades serias, se esforzaba en conseguir su realización aviniéndose a pequeñas concesiones. Este instintivo impulso de ir logrando sus propósitos de la manera menos generosa posible socavó su régimen desde un principio. Fué así cómo Napoleón permitió que Haussmann dirigiera las obras de París, mientras no hubo dificultades, pero apenas aparecieron los primeros ataques políticos formando un ambiente contrario, Napoleón lo abandonó en todos los sentidos. Pero sin la energía y la determinación de Haussmann, la transformación de París no hubiera sido llevada a cabo en su totalidad, menos en el breve período de diecisiete años.

Entre 1853 y 1869 Haussmann empleó para sus obras cerca de dos billones y medio de francos en «gastos extraordinarios»,

Napoleón inicia su labor con escaso éxito.

Los propósitos de Haussmann.

<sup>30</sup> Véase la reseña sobre el proyecto de Horeau, pág. 261.

<sup>31</sup> Jorge-Eugenio Haussmann, *Mémoires* (París, 1890-93), III, 122.

París, primera ciudad que se adapta a la época industrial.

casi cuarenta veces más de lo que se había gastado durante el reinado de Luis Felipe. Probablemente la parte mayor — cerca del billón y medio — fué empleada para la construcción de calles y en el programa de derribos que fueron necesarios para llevar a cabo el proyecto de trazar nuevas calles en medio de barrios muy congestionados de edificios. En tiempos de Haussmann, París fué adaptado a las condiciones totalmente cambiadas del Ochocientos (fig. 397).

Los objetivos fundamentales base de los programas de Haussmann — y que comunicó a lo que podríamos llamar el Ayuntamiento de París tan pronto asumió su cometido — estaban muy influídos por su preocupación ante posibles motines callejeros<sup>32</sup>. La última de tales revueltas se había producido en 1852, poco antes de su nombramiento.

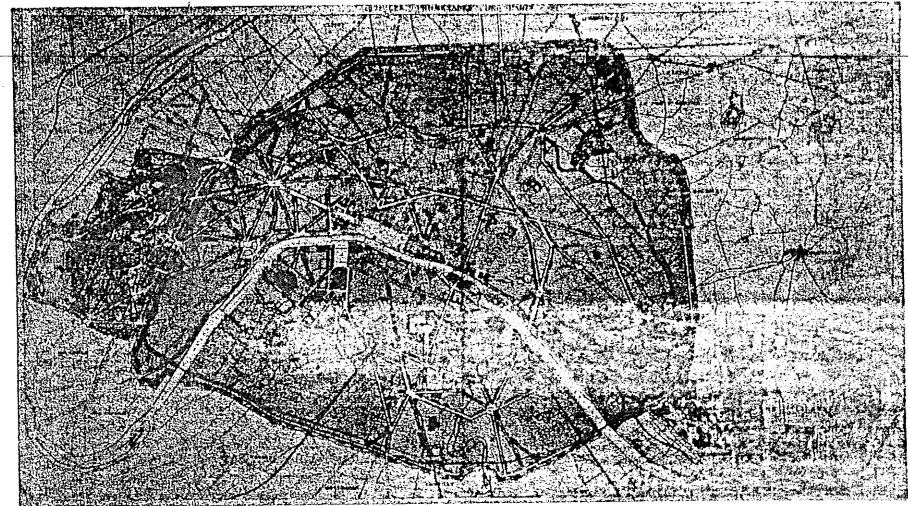
El primero de tales propósitos era el de «aislar los grandes edificios, palacios y cuarteles, de manera que resultaran más agradables a la vista, y que permitieran un acceso más fácil en los días de celebración de actos, y simplificaran la defensa en los momentos de revuelta».

El segundo principio fundamental tendía al «mejoramiento del estado de salud de la ciudad por medio de la destrucción sistemática de callejones infectos y otros focos de epidemia». La parte céntrica de París estaba plagada de estos indeseables callejones. Muchos de ellos (incluyendo aquel en el cual se ahorcó Gerardo de Nerval, el poeta romántico), fueron reproducidos fotográficamente por Agett<sup>33</sup>. Haussmann no consiguió sanear a fondo esta zona, y el centro de París se halla todavía en malas condiciones.

El tercero de sus propósitos era «asegurar la paz pública por medio de la creación de amplios bulevares, que no sólo permitieran la circulación del aire y de la luz, sino que también el fácil acceso y movimiento de tropas. Con esta ingeniosa combinación el destino del pueblo se verá mejorado, y su continua disposición hacia la revuelta disminuirá». Este punto demuestra, con claridad todavía mayor que los precedentes, el motivo por el cual el Segundo Imperio puso un tal empeño en construir amplias calles.

<sup>32</sup> Esta política queda resumida en E. M. Bouillat, *Georges Eugène Haussmann* (París, 1901), págs. 8 y 9.

<sup>33</sup> Uno de los primeros fotógrafos.



397. La transformación de París realizada por Haussmann. Plano de Alphaud.

El cuarto principio de Haussmann era «facilitar la circulación de ida y de regreso a las estaciones ferroviarias por medio de líneas de penetración que condujeran directamente a los centros comerciales y de distracción, y que evitaran retrasos, congestiones en la circulación y accidentes». En este punto, el problema de la circulación era el que prevalecía.

Los programas de Haussmann fueron puestos en ejecución formando tres secciones — *en tres redes*, para emplear sus propios términos —. Estas *redes* no constituían unidades topográficas; su número de orden se refería a métodos diversos de su financiación. Así, pues, obras que formaban parte de la tercera *red* podían, si conviniera, ser incluidas en las zonas de la primera o de la segunda, y de este modo ser llevadas a cabo antes que las anteriores<sup>34</sup>.

La primera *red* estaba en plena marcha cuando Haussmann entró en funciones. Había sido financiada sin dificultad alguna por el Estado y la ciudad de París, conjuntamente, mediante el decreto sobre la *prolongación* de la calle de Rivoli (1849). La obra principal prevista en este decreto era la prolongación de la calle de Rivoli, desde la Plaza de la Concordia hasta la Bastilla. Esta

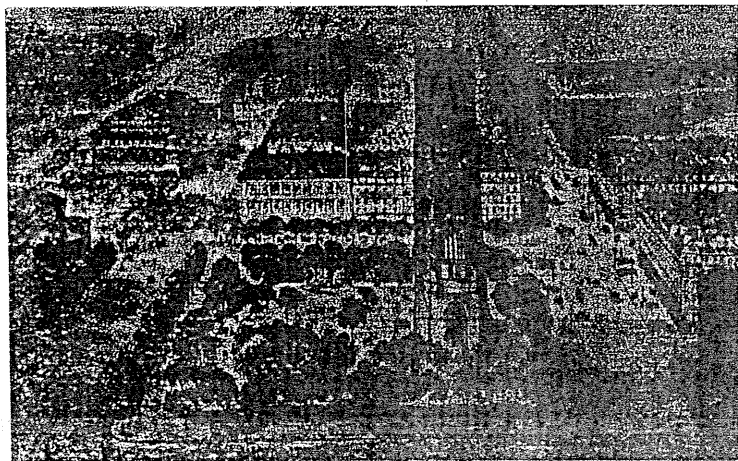
<sup>34</sup> Haussmann, *ob. cit.*, III, pág. 55.

Las *redes* urbanas de Haussmann.

obra, que daba a París una vía de comunicación de Este a Oeste, fué llevada a término en los años 1854-55.

La prolongación de la calle de Rivoli (1853-54).

Haussmann principió por la calle de Rivoli. Demoliciones y construcciones fueron sucediéndose, primero hasta el Pabellón de Marsan, y después hasta el Louvre. Se derribaron cuarenta y siete casas, después otras veinte, y luego un grupo de ciento setenta y dos (para aislar el Palacio Real y el Louvre a los dos



398. Plaza arbolada de la Torre de San Jaime. 1865. Una de las tentativas de Napoleón III para imitar los «squares» de Londres. La gran diferencia consiste en que esta plaza queda situada en el propio núcleo central del tráfico.

lados de la calle de Rivoli). Si consideramos desde este punto de vista los nuevos mercados (fig. 131) que fueron construídos en aquellas inmediaciones, se puede afirmar que fué un nuevo barrio lo que allí se organizó, y no solamente una nueva calle<sup>35</sup>.

La calle de Rivoli se prolongó después hasta el «Hôtel de Ville», el punto de partida de todas las revueltas parisienses. El dédalo de callejuelas situadas ante el «Hôtel de Ville» fué totalmente despejado, creándose en su espacio la Plaza del «Châtelet» (figura 399) destinada a ser enlazada poco después con el Bulevar Sebastopol (1858).

El Bosque de Bolonia.

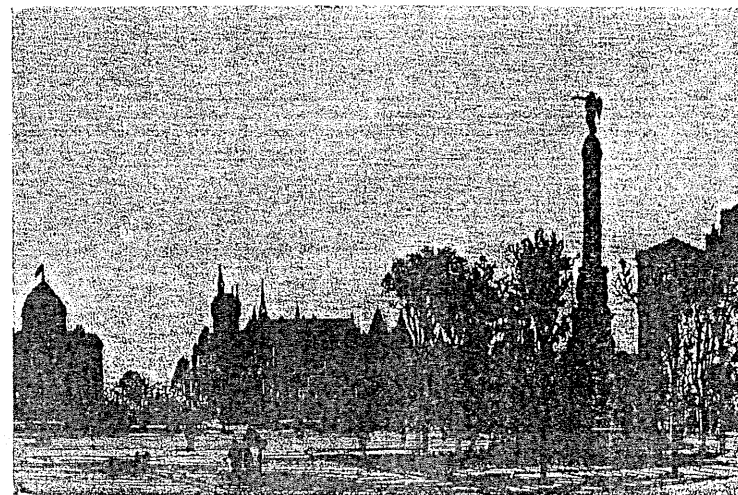
La primera red comprendía también la transformación del Bosque de Bolonia en un lugar de distracción para el mundo elegante. En relación con él se construyó también el Hipódromo

<sup>35</sup> Véanse págs. 261 y sigs.

de Longchamp y el magnífico acceso al Bosque de Bolonia, y la Avenida de la Emperatriz, hoy Avenida Foch (fig. 401). Se debe a Haussmann la decisión de su gran anchura, casi de ciento veintiún metros, el triple de la que se había propuesto darle el arquitecto.

Para la segunda red se pretendió que el Municipio asumiera la mayor parte (tres cuartos) de su coste. Un decreto del 18 de

La segunda red.

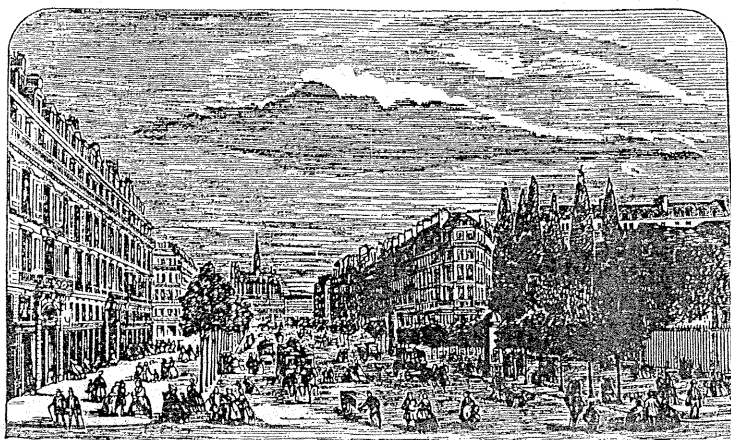


399. Plaza del «Châtelet».

marzo de 1858 autorizó al Estado a sufragar la parte restante, siempre que ella no superara los ciento ochenta millones de francos, y a fin de que la totalidad de las obras fuese llevada a término en el plazo máximo de diez años. Este especial acto legislativo pasó a la Historia con la denominación de «el decreto de los ciento ochenta millones».

Con las segunda red las comunicaciones entre el Norte y el Sur fueron ulteriormente incrementadas. Haussmann atravesó el Sena mediante el Bulevar Sebastopol hasta la «Ile de la Cité», y el Barrio Latino sobre la orilla izquierda, continuándolo después con la denominación de Bulevar «Saint-Michel» (fig. 400). Esta prolongación transformó la «Ile de la Cité» en un centro administrativo. La adaptación del Bosque de Vincennes (1860), destinado a la clase obrera — contrapuesto orientalente al Bosque de Bolonia — fué sufragada rigiéndose por las mismas cláu-

sulas. Otra de las obras comprendidas en esta *red* fué el *acceso hacia el Este*; el enlace de los barrios obreros con avenidas anchas y directas — «à plan voyant» — fué llevado a cabo a partir de 1858 en adelante, y fué realizado allí con mayor cuidado que en cualquier otro barrio. Con él fué eliminada cualquier posibilidad de desorden entre el elemento social realmente peligrosa. Como resultado de tales derribos, el «Hôtel de Ville» parece casi suspendido en el espacio, quedando aislado y sin ninguna rela-



400. Bulevar «Saint-Michel», 1869.

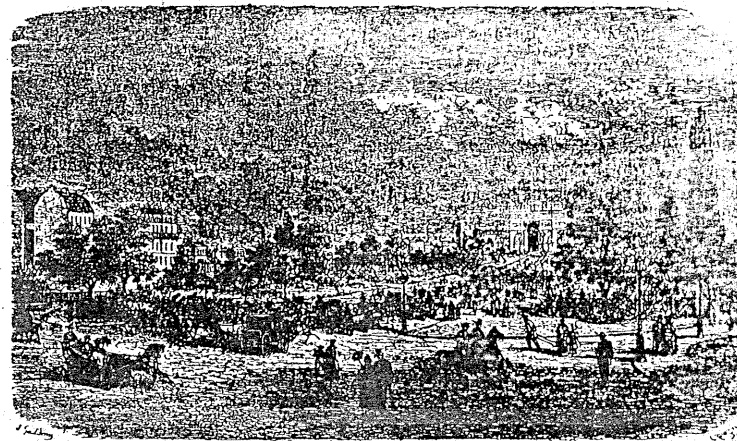
ción con los edificios circunstantes. El cuartel de Napoleón fué erigido en las proximidades del Municipio, para, de este modo, garantizar su seguridad.

La fase final fué la prolongación de la calle de Rivoli, no decidida hasta 1854. Con esta prolongación fueron llevadas a cabo, en París, las comunicaciones transversales. Comprendían los lugares en los cuales el régimen imperante consideraba de mayor interés para su conservación — el «Hôtel de Ville» y el Louvre — y constituyeron las primeras de aquellas calles que superan el radio de acción de nuestra vista, y que bien pronto iban a dar a París su nuevo aspecto.

La vía de comunicación de Este a Oeste — esto es, la calle de Rivoli — se une con la ruta de Norte a Sur; el Bulevar Sebastopol fué la prolongación que Haussmann dió al Bulevar de Estrasburgo, de Napoleón. Toda esta obra, que completó la

*grande croisée* de París, había tenido que ser realizada en una zona densamente poblada.

Haussmann dirigió entonces la mirada a lo que él denominaba *Westend du nouveau Paris*. No obstante la muy viva resistencia, el Bulevar «Malesherbes» se abrió en toda su anchura partiendo de la Magdalena. Esta obra llevaba consigo la demolición de bastantes casas consideradas como de lujo, que habían sido cons-



401. Avenida de la Emperatriz (Avenida Foch), 1862. La gran anchura (casi 112 metros) de este acceso al Bosque de Bolonia fué impuesta por Haussmann. En el primer proyecto del arquitecto estaba previsto tan sólo un tercio de aquella anchura.

truídas poco antes, reinando Luis Felipe. Esta parte final de la segunda *red* fué inaugurada, con una pomposa ceremonia, el 14 de agosto de 1861.

Haussmann aprovechó esta circunstancia para lamentarse de que, cada vez que tenía que intervenir «en las costumbres y hábitos de los favoritos de la fortuna», venía siendo objeto de una infinidad de ataques y lamentaciones. Observaba, más bien sarcásticamente, que todos los comerciantes, tenderos y artesanos habían soportado con una admirable paciencia «los traslados muy gravosos» que se hicieron necesarios para las obras del Bulevar Sebastopol.

La segunda *red* quedó sometida a la influencia de un acontecimiento de suma importancia, el decreto de 16 de junio de 1859,

La anexión de los suburbios.



que anexionaba los barrios suburbanos a la ciudad de París. Su superficie resultaba así aumentada en más de un cincuenta por ciento. Esta anexión era esencialmente fundamental para el futuro, pero creó serios obstáculos para los cálculos inmediatos de Haussmann, imponiéndole el más difícil cometido con que hasta entonces había tenido que enfrentarse. En torno a París existían dieciocho núcleos de población, que se hallaban esparcidos desordenadamente y que debían ser anexionados a la capital con su caótica aglomeración de edificios y sus caducos sistemas varios. Un crecido aumento del presupuesto de gastos se presentaba inevitable; los cálculos previstos quedaban superados por la cantidad de ciento sesenta millones de francos. Napoleón y Haussmann no se limitaban a una sencilla anexión. Aunque tal expresión en aquel tiempo no existiera, Haussmann había llegado a pensar en lo que diríamos un plan regional. Según sus *Memoirs*, intentaba hacer, de la totalidad del Departamento del «Seine-et-Oise», un conjunto unitario. Así se conseguiría asegurar la vigilancia y el dominio sobre los núcleos de población menores y sobre el desarrollo de la gran ciudad, en cuanto se relacionara con la influencia que en él pudieran tener tales núcleos suburbanos.

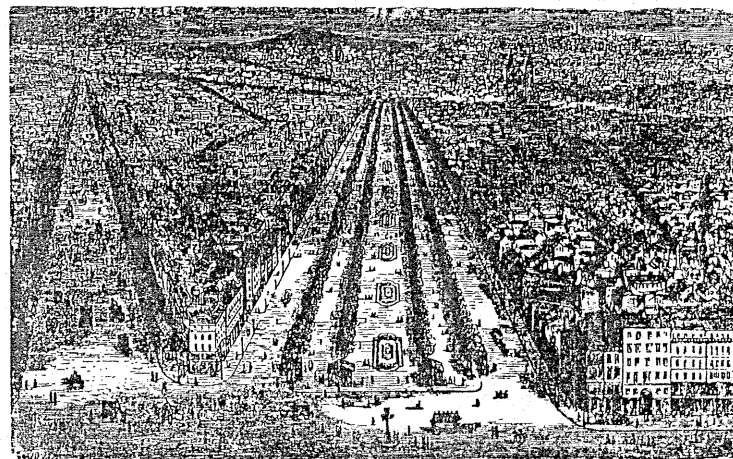
El intento de crear una zona verde circundante; el proyecto fracasó.

En torno a París, y siguiendo la línea de sus fortificaciones, pensábase crear una zona verde que lo circundara por entero. El proyecto, adoptado por el Emperador en junio de 1859, utilizaba el terreno anexo a tales fortificaciones, y además una faja de unos doscientos cincuenta metros de anchura, al exterior de éstas. Esta última zona estaba vinculada a disposiciones militares y había, en consecuencia, sufrido una notable depreciación en su valor. El Emperador deseaba adquirir estos terrenos para abrir en ellos un bulevar y proporcionar «grandes plantaciones», con paseos para los habitantes de los nuevos distritos y de los núcleos de población contiguos. Esta zona verde debía circundar a la ciudad por entero, poniendo en comunicación sus dos grandes parques oriental y occidental: el Bosque de Bolonia y el Bosque de Vincennes.

Pero cuando Napoleón se marchó al frente de batalla italiano, su propio *Conseil d'Etat* halló la ocasión para frustrar totalmente sus propósitos. Haussmann, el enemigo implacable de todos los políticos de cortos alcances, refiere de este modo lo ocurrido: El presidente del consejo, M. Baroche, «un burgués impregnado de la mentalidad limitada y ruin propia de la clase media parisiense, y que es contrario en su interior a la realización de nues-

tras grandes obras», combatió la totalidad del proyecto y lo hizo naufragar<sup>36</sup>.

París no tuvo jamás su cinturón de zona verde. A su vuelta de Italia Napoleón esperaba hallar la posibilidad de poner remedio a semejante miopía, pero no pudo lograrlo. Si hubiese habido parques públicos en aquella zona hubieran impedido la cons-



402. Bulevar «Richard-Lenoir», 1861-63. *Proyectado por Haussmann para cubrir un antiguo canal. Detrás de las fachadas con cara a la avenida, regulares e interminables, queda sin poder verse un impresionante desorden, como el que, situados en el terreno de las comparaciones, podría reinar en una gigantesca alacena.*

trucción de aquellas manzanas de viviendas de alquiler, de siete y ocho plantas, que ahora se levantan allí y que continúan creciendo en número. Estos enormes edificios — *suburbios de lujo* — en realidad impiden, mucho más que las fortificaciones, cualquiera posibilidad de una nueva ordenación del trazado de París.

La tercera *red* corrió a cargo, en su financiación, enteramente de la ciudad; los diputados no quisieron en modo alguno preocuparse del programa de construcción de París y de ayudar a la urbe con sus medios. Haussmann quedó completamente solo, y para subvenir al coste de aquellas obras se vió obligado a soli-

La tercera *red*.

<sup>36</sup> Haussmann, *ob. cit.*, II, pág. 233.

citar ayuda mediante operaciones de crédito. Fueron tales operaciones financieras (el importe total de la tercera *red* no había sido todavía cubierto cuando dejó su puesto) el motivo del cual se valieron los diputados para provocar su caída.

Las operaciones de Haussmann, durante un período de diecisiete años, habían sobrepasado en la cantidad de ochocientos millones de francos la cifra que se había señalado en el presupuesto normal. Este capital había sido conseguido sin crear nuevos impuestos ni aumentar en modo alguno los antiguos. ¿Y no era cierto que París aparecía cada día más floreciente? Su población aumentaba con un ritmo sin precedentes; en escasa-mente dos decenios se había casi duplicado. Los cinco o seis-cientos millones que existían de pasivo podrían ser en realidad fácilmente encontrados para enjugar el déficit. El coste de la obra habría podido ser cubierto por anualidades basadas en las cada día más crecientes rentas de la ciudad. Nada se arriesgaba, solamente el tiempo.

Dos parques — el de «Montsouris» al Sur, y el de «Buttes-Chaumont» al Norte — fueron creados para la tercera *red*. Ambos resultaban de la transformación de superficies inútiles y abandonadas; el de «Buttes-Chaumont» se emplazó en el lugar que ocupaba una cantera que hacía tiempo no se explotaba.

Los suburbios exigían cada vez nuevas vías de comunicación. Las que conducían a las afueras de París fueron extendiéndose, y se crearon nuevas arterias transversales. De este modo, el presupuesto señalado para la ordenación viaria de los suburbios ascendió al doble de la cantidad que se había previsto.

Creación del distrito de los Campos Elíseos.

Haussmann se apresuraba hasta el máximo en su plan de desarrollo de París, como si presintiera que no había tiempo que perder. Hacia el Oeste se abrían nuevos horizontes que permitían desarrollar aún más su plan de construcciones. Las caducas barreras de los fieltos señalaban el límite occidental de la ciudad; más allá se extendía la campiña libre. Los Campos Elíseos conducían a la barrera de fieltos. Precisamente detrás de ella se erguía el Arco de Triunfo de la Estrella, en su plaza circular. Después del año 1830, los Campos Elíseos eran uno de aquellos lugares en donde todos los parisienses que presumían de elegantes venían obligados a ostentarse.

Haussmann disfrutó de entera libertad para trabajar en este distrito. Existía mucha superficie libre para trazar las doce aveni-

das que debían irradiar de la Plaza de la Estrella; no era necesario efectuar ninguna demolición. Sus enemigos le acusaron de haber hecho desembocar estas avenidas en la abierta campiña y de destruir los campos de cereales de Passy. Pero una vez más la visión previsor de Haussmann se demostró justificada; el París de 1900 debía surgir en esta zona.

Los enlaces de las diversas calles que atravesaban París dieron mucho quehacer a Haussmann. Éste deseaba, por ejemplo, que la calle Lafayette tuviera una longitud de cinco kilómetros, con el fin de que pudiera servir de vía de comunicación para los viajeros de las estaciones ferroviarias del Norte y del Este, hasta la Ópera y los Grandes Bulevares, en el centro mismo de la ciudad.

La calle Lafayette.

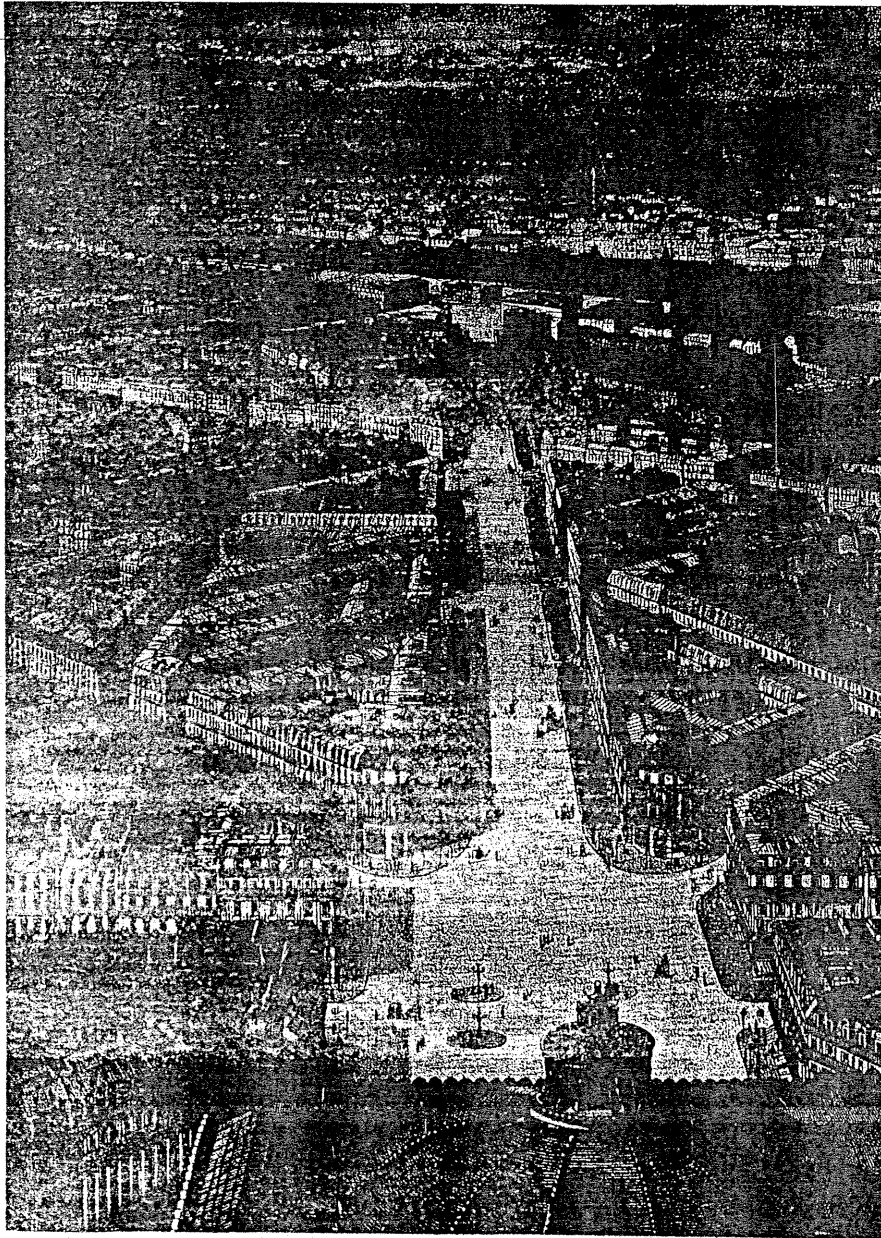
La Avenida Napoleón, ahora Avenida de la Ópera, es su obra maestra desde el punto de vista urbanístico. Además de ser una magnífica vía en sí, en realidad funciona como un puente que uniera el tráfico entre diversas arterias de circulación intensa. La calle de Rivoli y la ribera opuesta del Sena logran, mediante esta Avenida, un contacto directo con los Grandes Bulevares y los distritos septentrionales de la ciudad.

Ninguno de los proyectos de Haussmann pareció a sus contemporáneos tan descabellado como esta calle, relativamente breve. A su entender, solamente podía servir para unir el Teatro Francés con la Ópera y, ¿quién querría jamás asistir a los dos teatros en una misma noche? En realidad, si esta Avenida no existiera, la circulación del tráfico sería hoy imposible en París (fig. 403).

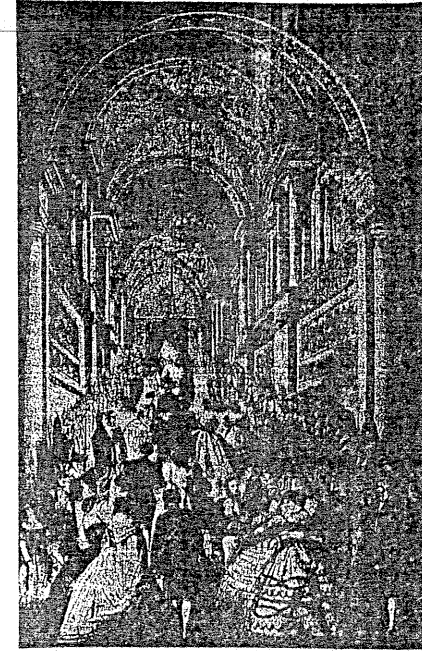
La Avenida de la Ópera.

Haussmann construyó solamente el principio y el final de esta Avenida. Entre los dos muñones se extendía un dédalo de callejuelas que no fué demolido hasta mucho más tarde. La Avenida de la Ópera, en toda su longitud, no fué abierta al tráfico hasta 1879. Esto ocurría bajo la Tercera República, mucho tiempo después de que Haussmann había abandonado su cargo.

Si en alguna parte consiguió Haussmann dejar un recuerdo imperecedero de sí mismo y de aquel Segundo Imperio al que sirvió con tanta fe, fué en esta Avenida y en el propio edificio de la Ópera. La gran escalinata que da acceso a este coliseo no cumplió nunca el destino que se le había asignado desde un principio, no fué jamás el fondo para el espumeante miriñaque de la Emperatriz Eugenia. Proyectada en 1861, cuando el Segundo Im-



← 403. Avenida de la Opera, desde la Opera al Louvre y a la calle de Rivoli. La obra maestra de Haussmann, llevada a término contra grandes oposiciones. Pocos estaban en condiciones de pensar cuán útil para el tráfico, en el futuro, había de ser esta avenida de enlace.



404. Escalinata de las Tullerías durante un baile imperial, 1860.

periq se hallaba en su apogeo, la Ópera no fué terminada hasta el año 1875. Queda, sin embargo, representando la expresión más auténtica de las glorias pasajeras del Segundo Imperio.

#### *Plazas arboladas, Bulevares, Jardines y Plantas*

Ya hemos hecho observar las relaciones existentes hasta el Seiscientos entre grupos de edificios y la Naturaleza; y hasta el Setecientos entre plazas y zonas verdes. Aun cuando en la transformación de París otros problemas estuvieron situados en primer plano, no debemos olvidar los grandes esfuerzos realizados para salvar a la ciudad de convertirse sencillamente en una vasta extensión de asfalto y de obras de mampostería. Al examinar esta labor es necesario distinguir entre el trazado de plazas, con sus jardines, y los parques antiguos y nuevos y los lugares de expansión o recreo.

Luis Napoleón, cuando permaneció en Londres como refugiado, quedó muy impresionado por las plazas y los parques ingleses. Cuando llegó al Poder deseó embellecer su capital dotándola de

Londres y las plazas arboladas de París.

zonas verdes similares — inmensos parques románticos y plazas con arbolado y arbustos —. Tanto los unos como las otras eran desconocidos en París. Desde el punto de vista urbanístico, las plazas de París diferían de aquellas de Londres en un importante aspecto: las plazas de Londres quedaban aisladas del tráfico, mientras que las de París no eran otra cosa que un ensanchamiento de las calles. Por ejemplo, la Plaza de las Artes y de los Oficios era una ampliación del Bulevar Sebastopol; la que existía en torno a la torre de San Jaime (fig. 398) era una prolongación de la calle de Rivoli. Entonces las casas se hallaban en hilera siguiendo una línea recta y continua a lo largo de la calle, de tal manera que no dejaban espacio libre, como no fuera el de las aceras y del arroyo para el tráfico<sup>37</sup>. Era inevitable que los minúsculos núcleos de verdor creados en esta plaza, al contrario de lo que ocurría en Londres, se hallaran inmersos entre el rumor y la atmósfera polvorienta de la circulación urbana.

Ninguna novedad urbanística fué más generalmente imitada, en los años inmediatamente sucesivos, que esta sistematización de plazas con núcleos de verdor situados en lugares muy céntricos del tráfico. Especialmente placentero y totalmente nuevo para el público era el hecho de que tales lugares fueran abiertos. W. Robinson, el jardinero paisajista inglés cuyos libros hasta aquel momento habían ejercido gran influencia sobre la jardinería británica, expresa la reacción operada entre sus contemporáneos ante una parte de la obra de Haussmann: «Lo primero que sorprende al visitante, en esta plaza, es su frescor, el esmero con que se la cuida y el gran número de personas que allí se pueden ver leyendo, trabajando o jugando.» Reconoce también el significado social de las plazas creadas para el público, y abiertas para la expansión de todos: «pero mientras nosotros persistimos en reservar nuestras plazas para que las disfruten unos pocos privilegiados, y mantenerlas, como de costumbre, casi desprovistas de toda planta y arbolado, ellos las dejan al albedrío del público, como nuestros parques, y las decoran con gran variedad y riqueza de vegetación»<sup>38</sup>.

Bulevares.

«Boulevard» significa, literalmente, un paseo sobre la muralla de una ciudad fortificada; el término tiene su origen en la pa-

<sup>37</sup> Los inconvenientes insitos en el sistema de casas «en bloques» fueron reconocidos casi dos decenios más tarde por un adversario de las grandes vías transversales rectilíneas, Camilo Sitte (*Der Städtebau*, Viena, 1901, pág. 203: primera edición, 1889).  
<sup>38</sup> W. Robinson, *The Parks, Promenades and Gardens of Paris* (Londres, 1869), páginas 82-85.

labra alemana «Bollwerk» (baluarte). El primer bulevar de París fué abierto por Luis XIV en 1670, y se extendía desde la Puerta de San Dionisio hasta la Bastilla, ocupando el lugar de las antiguas murallas que habían sido abatidas por Vauban. Estos bulevares eran senderos trazados como jardines para el *promeneur* y no, como los bulevares de Haussmann en el Ochocientos, destinados a constituir arterias para el tráfico pesado.

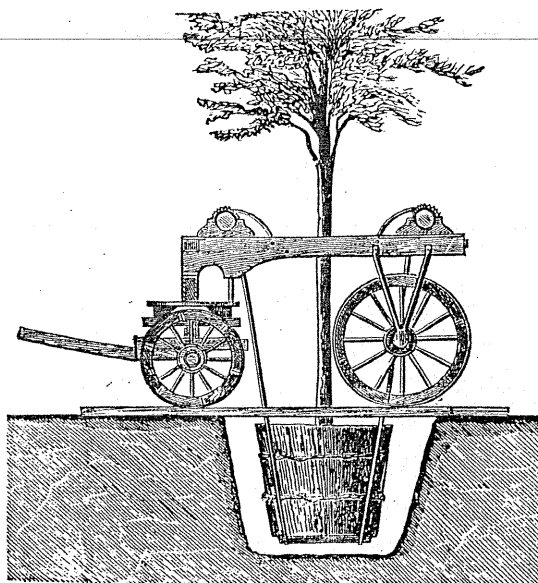
«Si no lo es ya, París se halla en vías de ser la más vivaz, la más airosa y la más bella entre las ciudades; y su belleza es debida en gran parte a sus jardines y a su arbolado.» Tal fué la impresión que Robinson recibió de París y de los nuevos bulevares en el momento culminante de su esplendor (1869); y continúa: «¿Qué aspecto presentarían los nuevos bulevares de blanca piedra, sin el refrescante consuelo de aquellas largas filas de árboles bien cuidados, que por doquier aparecen en torno a los edificios, como sirviéndoles de apoyo, al igual que el césped de los prados hace con los ranúnculos?... En París, el cuidado de los jardines públicos asume una importancia que no ha adquirido entre nosotros... favorece la labor de los constructores plantando árboles, transforma las pequeñas plazas en jardines insuperables por su buen gusto y belleza... exponiendo a la contemplación del más humilde de los productores plantas de todo género y en su más exuberante belleza.»<sup>39</sup>

Fué realmente sorprendente la rapidez con que fueron creados estos bulevares. De la noche a la mañana se vieron aparecer grandes arterias flanqueadas de árboles que tenían ya treinta años, en plena vegetación. En efecto, «los jardineros jefes y los arquitectos de la ciudad eran a menudo llamados para la labor de improvisar en pocos días grandes avenidas umbrosas»<sup>40</sup>. Se hallaban en condiciones de obtener tales extraordinarios resultados mediante el empleo de una máquina de su invención que levantaba los árboles, un carro con el cual, de modo sencillo e ingenioso, se podían trasplantar árboles hasta de una altura que podía alcanzar casi los nueve metros (figs. 405, 406).

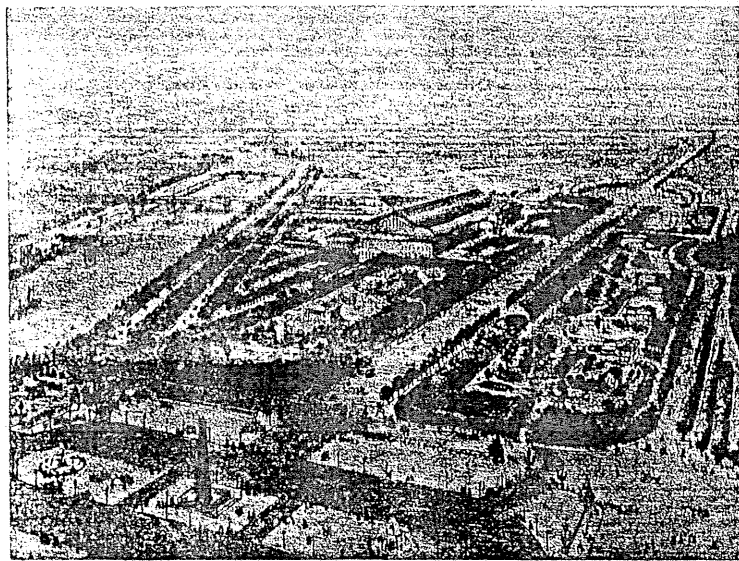
Como las plazas, con sus jardines, también estas grandes avenidas flanqueadas de árboles, que conducían al centro de la ciudad, fueron introducidas e imitadas en todas partes. No obstante representaban una solución del problema que obligó a la

<sup>39</sup> W. Robinson, *ob. cit.*, págs. 1-2.

<sup>40</sup> Eduardo André, citado por Robinson, *ob. cit.*, pág. 551.



405. Máquina para el trasplante de árboles ya crecidos. Gracias al empleo de tal aparato, árboles de treinta años «nacían» en una noche a lo largo de los bulevares.



406. Plaza de la Concordia y Campos Elíseos. Vista aérea, 1855.



407. Vigorosas plantas subtropicales: Wigandia. Estas plantas de anchas hojas y de gran efecto, aclimatadas por Alphand, destacaban a gran distancia.

urbanística a encauzar sus actividades en una dirección muy peligrosa, en la cual no se podría proseguir.

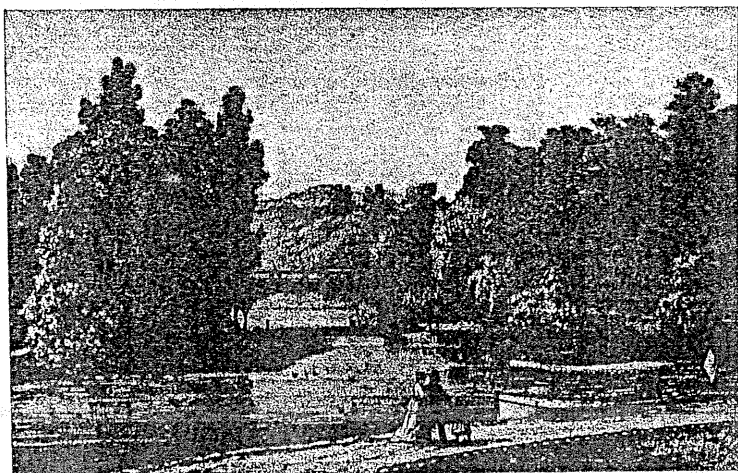
La gran capacidad del ingenio de Haussmann, como organizador, se hace evidente también hoy en el sistema de parques que él creó en vasta escala y según los principios de la gran escuela. Derivaban de aquel tipo de jardines paisistas a la inglesa que imitaban la Naturaleza, a menudo con tendencias románticas y conteniendo, dentro de sus límites, montañas, valles, lagos y ríos en miniatura. Asumían el cometido de dar a París aquellos pulmones de los cuales se hallaba falto. Iban destinados al *promeneur*, para que los disfrutara el productor en su jornada de asueto, para el paseante dominguero, que de tal modo se hallaba en condiciones de poder respirar el aire a lo largo de las amplias avenidas, como un señor que se pasea gozándose en su contem-

Los parques.

plación a través de sus propiedades. Fueron creados para ser la meta de todas las miradas, ser disfrutados por sus vastas perspectivas y su profusión de verdor. Y, además, se introdujeron en ellos plantas jamás vistas, hasta entonces, en los jardines públicos.

Nuevas variedades de plantas.

Resultó que los antiguos maestros de la jardinería, los ingleses, ahora venían a París para aprender cómo emplear e introducir en los jardines ingleses «un nuevo aspecto de su vegetación».



408. Bosque de Bolonia, 1853-58.

Estas nuevas plantas eran robustas especies subtropicales (figura 407), que Juan Alphand y sus colaboradores descubrieron y trajeron a Europa en variedades riquísimas. Eran plantas de alto tallo, vigorosas y de fácil desarrollo. Algunas de ellas alcanzaron la altura de más de tres metros (*Centaurus babylonius*); otras, como la hierba de las Pampas (*Gynerium argenteum*) llamaban la atención por «la rapidez con que crecían y el vigor y gran tamaño de su vegetación herbácea»; o, como una variedad de tabaco común (*Nicotiana macrophylla*), «eran prontamente obtenidas mediante semillas y crecían lozanamente en terrenos abonados»<sup>41</sup>. Era característico de todas ellas sus enor-

<sup>41</sup> Véase W. Robinson, *ob. cit.*, capítulo sobre «Plantas subtropicales para el jardín», págs. 182 y sigs., y cap. XI, «Plantas resistentes para el jardín subtropical», página 210.

mes hojas y la majestad de su aspecto, lo que permitía que fueran notadas desde largas distancias, de manera que cuando se plantaban en dilatadas zonas, siempre destacaban del conjunto<sup>42</sup>.

Los dos grandes parques en el oeste y el este de París, el Bosque de Bolonia (1853-58, fig. 408) y el Bosque de Vincennes (1857-1864, fig. 409), en el plano de París adquieren el aspecto de dos pulmones de la ciudad. Si se hubiese llevado a término la



409. Bosque de Vincennes, desde la planicie de Gravelles, 1857-64.

idea de Haussmann de una manera completa, y bien, los dos se hubieran comunicado por una amplia cintura verde siguiendo el anillo de las fortificaciones. Cada uno de estos parques cubre una extensión de cerca de ochocientas hectáreas. A estos dos, además de los parques ya existentes, que fueron reorganizados, tenemos que añadir el Parque Monceau, en el centro de París, el delicioso Parque de Montsouris al Sur, y al Norte la Colina «Chaumont», para las clases trabajadoras. De acuerdo con el gusto de la época, estaban trazados en su mayor parte como lugares de solaz y descanso para el *promeneur*. La nueva etapa de su desarrollo no fué alcanzada hasta treinta años después, cuando el parque para el paseante fué substituído por un sistema

<sup>42</sup> Aquí está el motivo principal de haberlas escogido Alphand y sus jardineros, y de haberlas utilizado en los jardines europeos hasta principios de este siglo. Después parece ser que fueron olvidadas. Hoy volvemos a encontrar en ellas su fascinación y aquel vigoroso desarrollo que nos inclinan a recomendarlas nuevamente.

de campos de deporte y juego, al igual que los parques del sur de Chicago.

### La ciudad como problema técnico

Hausmann quedará como un símbolo de la fe del Ochocientos en la producción.

A Borromini le fueron necesarios casi treinta años para construir una iglesia no vasta, y ni siquiera después de aquel período pudo decirse que hubiese quedado terminada. Luis XIV pasó toda su vida en construir Versalles, a pesar del hecho de que tenía a su disposición todos los recursos de Francia. En diecisiete años, uniendo la tenacidad a su amplia visión de las cosas, Hausmann creó la gran ciudad del Ochocientos. La rapidez de la obra refleja el ritmo y la iniciativa de la expansión industrial que la había determinado.

Para resolver los problemas relacionados con la ciudad de la era industrial, Hausmann reunió a su lado, como asesores y colaboradores, a un conjunto de los mejores técnicos<sup>43</sup>. Pudo confiar y apoyarse muy poco en aquellos elementos que parecía tenían el deber de ayudarlo. Por aquellas fechas no había nadie que realmente conociera los problemas de la urbanización de una ciudad, y que pudieran ayudarlo a evitar errores. Los arquitectos se hallaban absolutamente sin preparación alguna. No sabían en ningún modo adaptarse a la escala de sus proyectos, y más de una vez se había visto obligado a devolverles los elaborados e insistir en que los ampliaran. Observa que el Segundo Imperio tenía la desgracia de no poseer siquiera un artista que estuviera a la altura de los problemas de los *temps nouveaux*. El mismo Hausmann tuvo que aceptar esta realidad. La categoría de los arquitectos, con su estado mayor de académicos y celebridades, fué la única que dejó incólume cuando asumió la carga. Sus problemas eran demasiado nuevos y demasiado vastos para que aquellos hombres poseyesen la capacidad de afrontarlos; como Enrique Labrousse había ya comprobado, su aprendizaje le había totalmente excluído de cualquier contacto con los problemas de su tiempo. Trabajaban tan fuera de la realidad, que habían llegado al punto de no saber calcular el coste de sus

<sup>43</sup> Hausmann da una viva información, sobre el modo cómo fué organizada su oficina, en sus *Mémoires*, vol. VII, capítulos IV, VIII, IX, XI, XIV-XVI.

mismos proyectos. «Como artistas... ellos no demostraban interés alguno por los gastos. Y además podría añadirse que generalmente no sabían hacer un presupuesto aproximado, ni poseían las condiciones requeridas para comparar y comprobar una factura»<sup>44</sup>. Las facturas y los presupuestos quedaron a cargo de dos especiales comisiones creadas por Hausmann para este objeto. Tales hombres no tenían capacidad para comprender los problemas angustiosamente prácticos que la urbanización de ciudades suponía. En el mejor de los casos, lo único para lo que estaban preparados era para proyectar edificios aislados a erigir en ubicaciones elegidas por cualquier otro. Los arquitectos, en aquel tiempo, eran como aquellos trágicos de la antigua escuela que sólo querían recitar sus papeles cuando éstos estaban escritos en verso.

Hausmann vióse obligado a buscar sus colaboradores en otros campos. Y en cada caso los edificios eran solamente, para él, el *décor de la vie*. Desde un principio, consideró su obra como un problema técnico, y para sus dificultades recurrió a los ingenieros, que fueron sus más íntimos colaboradores. La mayor parte de tales hombres eran relativamente desconocidos cuando asumieron su cometido, pero tuvo mucha intuición al escogerlos, y sus colaboradores fueron madurando en compañía de él y de su obra. Hausmann había sido prefecto del Yonne, y más tarde de Burdeos; conocía los hombres que valían en estos dos distritos meridionales y fué allí donde buscó a sus colaboradores. Belgrand, durante muchos años ingeniero subalterno en una pequeña ciudad provenzal, construyó de modo impecable el enorme sistema de alcantarillado de París, y los acueductos que, por primera vez en la Historia, proporcionaron a París un abastecimiento de aguas adecuado para los grandes depósitos del Yonne y del Dhuis. Belgrand era el inventor típico, «un hombre genial»; andaba siempre «modificando, desde un punto de vista o de otro, sus ideas originales». Como ingeniero jefe e inspector central de la Oficina de puentes y carreteras, se hizo cargo de todas las obras relacionadas con los proyectos con los cuales estaba más penetrado, rodeándose, para ello, de una selección de los más competentes colaboradores. Esta conducta, observa Hausmann, era «sin duda el resultado de sus largos años de servicio en los grados inferiores»<sup>45</sup>.

<sup>44</sup> Hausmann, *ob. cit.*, III, pág. 511.

<sup>45</sup> Hausmann, *ob. cit.*, III, págs. 118-119.

Hausmann nombra una oficina técnica de personas «desconocidas».

Un ingeniero crea el sistema de parques de París.

Para substituir al *jardinier-paysagiste* de Napoleón (a quien había licenciado después del fiasco del Bosque de Bolonia), Haussmann encontró un *jardinier-ingénieur*, Juan Alphand. Haussmann lo había conocido en Burdeos, en donde estaba como ingeniero en la Oficina de puentes y carreteras, y comprendió que se trataba de un técnico que poseía el sentido del arte (*le sentiment de l'art*). Nombrado jefe del Servicio de Paseos y Plantaciones, Alphand transformó los antiguos lugares de solaz parisienses y creó otros nuevos: el Bosque de Bolonia, el Bosque de Vincennes, los Campos Elíseos, el Parque Monceau, la Colina Chaumont y el Parque Montsouris. Este sistema de paseos de París en forma de riñón — tan distinto de sus contemporáneos modelos ingleses — refleja su maestría.

Haussmann facilitó a Alphand — como él dice — «una mano derecha y una izquierda» para su labor: Davioud y Barillet-Deschamps, respectivamente. Davioud, arquitecto joven (más tarde, en 1878, fué el constructor del Trocadero), era una de las raras inteligencias lúcidas en su profesión, debido ello mucho a su prolongado aprendizaje bajo la dirección de Alphand. Barillet-Deschamps, excelente horticultor, permaneció en una relativa obscuridad (en claro contraste con Alphand, que acabó siendo jefe del Servicio, y fué nombrado comisario general de la Exposición de 1889) <sup>46</sup>.

Un inspector se ocupa de la redacción del Plan de París.

Haussmann había encontrado un ingeniero y un jardinero paisajista; pero todavía necesitaba un técnico para trazar las líneas de calles que se proponía abrir a través del cuerpo de París. Para ello encontró su colaborador, entre los especialistas funcionarios del Municipio, en Deschamps, que era el inspector jefe. Haussmann apreció tanto su obra, que hasta llegó después a decir que «el Plan de París se debía a M. Deschamps». Cuando fué anexionada la zona suburbana, en 1859, Haussmann creó un nuevo Servicio municipal, la Dirección del Plan de París, y puso a Deschamps al frente. Éste y sus colaboradores en aquel Servicio constituyeron la Oficina técnica del plano regulador general, y asumieron la mayor parte de la responsabilidad sobre sus resultados.

<sup>46</sup> Fué Barillet quien seleccionó las plantas para decorar los varios jardines públicos de París. Su selección se adaptó admirablemente a los objetos para los cuales aquéllas debían servir. Supo aclimatar en los jardines públicos muchas calidades de plantas. Una variedad con hojas enormes (*Colocasia esculenta*) fué particularmente adaptada para causar impresión vista desde lejos. Universalmente difundida entre el 1860 y el 1890, esta planta vuelve ahora a ser estimada por las mismas razones por las que la utilizó Barillet.

Estos tres departamentos — el «Service des Eaux et des Égouts», el «Service des Promenades et Plantations» y el recientemente nombrado fueron los principales instrumentos de que Haussmann se valió para su labor. Solamente podían en verdad haber sido creados en Francia, contando con la Escuela Politécnica que, desde su fundación, había ido sistemáticamente adiestrando a ingenieros con un fundamento teórico que no admitía comparaciones. La primera transformación de una gran ciudad con objeto de adaptarla a las mutaciones originadas por la revolución industrial fué llevada a cabo por ingenieros.

#### *Haussmann adopta métodos de financiación modernos*

Los aspectos técnicos de la urbanística no habían tenido hasta entonces una organización por demás sistemática y exacta. Le era necesario a Haussmann obtener un igual dominio sobre el complicado mecanismo del crédito y de las finanzas. El Parlamento se oponía a su programa (los partidos de derecha e izquierda se hallaban de acuerdo a este respecto), y asimismo los terratenientes (cuyos privilegios el Régimen estaba empeñado en defender). En tales condiciones fué necesario un verdadero conocimiento de las complejidades financieras, así como una verdadera habilidad por parte de Haussmann para poder llevar a buen fin su proyecto. Vióse también obligado a buscar nuevas fuentes de crédito, basadas sobre el aumento de los valores provocados para las obras ya realizadas.

En el transcurso de estas manipulaciones, Haussmann trató de persuadir a los cuerpos legislativos que se ocupaban del presupuesto del Estado a que encontrasen manera de incluir aquellos «gastos extraordinarios» que, cuando están hechos con inteligencia, enriquecen al país antes que empobrecerlo. Esta era su *teoría de gastos productivos*. Su punto de vista de que algunos gastos que no son estrictamente necesarios pueden ser justificados cuando conducen «a un aumento general del rédito» era probablemente un concepto muy justo. Y continuaba observando que «estos gastos productivos», que generalmente encuentran censura económica, pueden realmente emprenderse sin mucho riesgo, desde el momento en que son gastos de carácter opcional, y éstos, menos que otros, perjudican en el caso de que tengan que volverse a suprimir <sup>47</sup>.

«Gastos productivos».

<sup>47</sup> Haussmann, *ob. cit.*, II, pág. 265.



Hausmann gobernó París desde el «Hôtel de Ville». Los ediles habían sido nombrados por Napoleón; como Hausmann decía, ello no dependía «del accidente de un voto». Después del decreto de los ciento ochenta millones de francos, en 1858, creó un fondo para obras públicas en París — la *Caisse des travaux de Paris* — que también quedaba bajo su vigilancia y dominio. La Caja fué el instrumento financiero que hizo posible su enorme actividad. Pero el Tribunal de Cuentas daba la última conformidad a todo lo que fueran gastos e ingresos. Los miembros de este órgano habían sido nombrados por Luis Felipe. En 1868 un informe respecto a un préstamo concedido directamente a Hausmann por el «Crédit Mobilier» fué rechazado por ellos. Fué este incidente el que, seis meses después (marzo de 1868) ocasionó en la Cámara de Diputados un debate sobre los gastos efectuados por Hausmann en modo excesivo con respecto a los que tenía señalados en el presupuesto<sup>48</sup>. Él admitió francamente que la *Caisse des travaux* se encontraba con un déficit de ciento cincuenta y nueve millones de francos que en manera alguna estaba autorizado, pero prometió que abandonaría tales sistemas autoritarios. No obstante la violenta oposición de Adolfo Thiers, la Cámara dió curso a las leyes que podían regularizar este asunto, y el Senado las confirmó en una votación que dió 110 papeletas a favor por una en contra<sup>49</sup>.

Pero la *Caisse des travaux* tuvo que ser liquidada, y ello significó la limitación de la libertad de iniciativa de Hausmann, y el principio de su ruina. No dimitió, puesto que esperaba encontrar otros modos para financiar su obra. No obstante, ciertos cambios políticos le fueron adversos. Las nuevas elecciones dieron el triunfo a los republicanos, y el Emperador, en sus tentativas para salvar su régimen, nombró a Emilio Ollivier su primer ministro, político que se proponía «conciiliar el Imperio con el liberalismo». Hausmann, el dictador del «Hôtel de Ville», vio claramente la falsedad del *Imperio liberal*: «L'Empire Parlementaire, ah! oui. C'est celui-là que je repoussais de toutes mes convictions, auquel j'entendais ne participer en rien, tant je sentais qu'il allait nous mener fatalement aux abîmes!»<sup>50</sup>.

<sup>48</sup> El presupuesto para este primer *réseau* fué superado en setenta millones de francos, el del segundo en ciento treinta, y el del tercero en ciento ochenta millones de francos. Las cualidades de Hausmann como urbanista — su habilidad para actuar empleando el menor tiempo posible, y de hacerlo todo con su peculiar estilo de grandiosidad — tuvo sus naturales consecuencias.

<sup>49</sup> Existen excelentes pormenores de este episodio en Morizet, *ob. cit.*, pág. 298.

<sup>50</sup> Hausmann, *ob. cit.*, II, pág. 537. «¡Ah, sí! ¡El Imperio Parlamentario! Es precisamente lo que yo había rechazado con toda mi alma, y siempre dije que no

Napoleón III aceptó el que Hausmann quedara eliminado, y en enero de 1870 presentó la dimisión de su cargo en el «Hôtel de Ville». En aquel mismo año se derrumbaba el Segundo Imperio.

La burguesía fué la que hizo caer a Hausmann, a pesar del hecho de haber sido él quien protegió, más que cualquier otro de sus predecesores, a aquella clase. Hasta la Comisión para las expropiaciones, que era la que fijaba la compensación (o indemnización) para las casas que tenían que ser derribadas, estaba compuesta por propietarios. Una de las anécdotas de Máximo du Camp sintetiza de este modo aquella situación: al preguntarle a un *nuevo rico* cómo había llegado a su estado próspero actual, el hombre respondió sencillamente: «Fuí expropiado.»

La burguesía, no obstante, no pudo perdonar a Hausmann el que hubiese perturbado su paz. Todo lo que él llevó a cabo fué hecho contra el deseo de la mayoría.

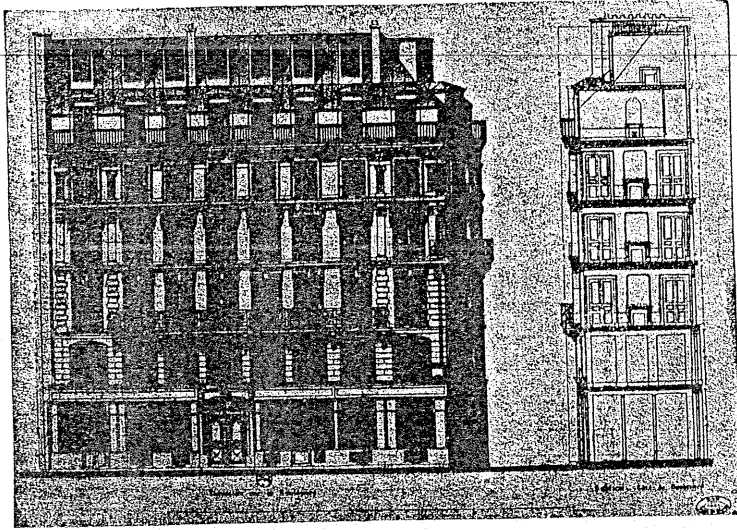
#### *La calle como unidad básica*

Para llegar a comprender íntimamente el París de Hausmann, escojamos una casa típica, y observemos cómo estaba ocupada.

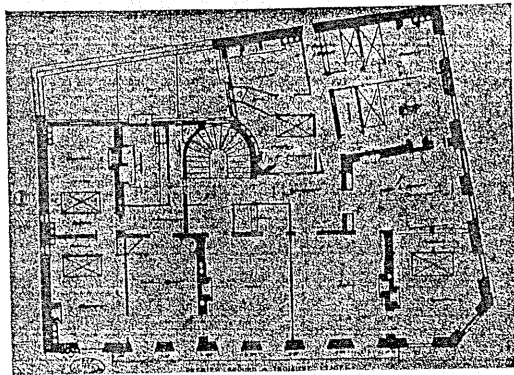
*Bulevar Sebastopol, 1860*; una casa de alquiler (figs. 410, 411) de tipo normal, con tiendas en la planta baja, un entresuelo, las tres plantas principales y dos áticos. Las tres plantas principales tienen la misma distribución. Son viviendas concebidas para inquilinos de la alta clase media. La habitación-dormitorio con tres ventanas, para el señor y la señora, ocupa el ángulo. A su izquierda se halla el salón de estar, y a su derecha el comedor. Más allá, y también a la derecha, existen los restantes dormitorios. Hay una estancia para niños, escasamente iluminada. La cocina y los dormitorios para el servicio reciben su ventilación y luz por reducidos patios interiores. Estos reducidos patios interiores son una de las peores características de las casas-vivienda del Continente en esta época, y también de los años sucesivos.

Una casa de alquiler y su ambiente social.

participaría en él. Tan convencido estaba de que nos llevaría infaliblemente al desastre.»



410 Casa en el Bulevar Sebastopol, París, 1860. Fachada y sección transversal. Típica casa de alquiler de este período (comercios en la planta baja; encima viviendas para la clase media; habitaciones para criados en el ático). El elemento fundamental de la calle de Haussmann. Ello muestra una mezcla de funciones que había sido posible hasta entonces, pero que no rige en una época industrial.



411. Casa en el Bulevar Sebastopol, 1860. Plano de la segunda, tercera y cuarta plantas.

Los áticos son los departamentos del edificio más densamente habitados. Aquí una cama está situada junto a la otra, en el más limitado espacio posible, para uso exclusivo de criados y sirvientes, inquilinos que sólo pasan aquí la noche y, en general, personas de clase humilde.

La fachada uniforme de esta casa del año 1860 encierra una unidad viviente en la cual las funciones más diversas de la vida cotidiana se desenvuelven en plena promiscuidad. El comercio ocupa la planta baja, y a menudo se extiende hasta el entresuelo, con varios talleres que se comunican con los diversos establecimientos. Las tres plantas principales están totalmente destinadas para vivienda de gente acomodada. Y los áticos no son otra cosa que tugurios superhabitados.

En períodos precedentes, la asociación de locales destinados a la producción con otros exclusivamente para vivienda, era cosa absolutamente natural; pero este sistema, en las grandes ciudades, no podía en modo alguno continuar. Las casas de alquiler agrupaban artificialmente funciones que, en una sociedad industrializada, deberían ser mantenidas rigurosamente separadas. Es absurdo que en una época de producción industrial se hallen en mezcla los locales para vivienda con los lugares destinados al trabajo y al tráfico. No son solamente inhumanas las calles interminables; lo son también las unidades que las componen.

No es Haussmann el único que merece ser censurado como autor de tal confusión. El mismo fenómeno aparece en todos los países. Enraiza su base en la impotencia que caracteriza al Ochocientos, en su patente incapacidad para dominar los recursos de que se disponía.

Es cierto que hay bellas casas que contienen óptimas habitaciones y magníficas posiciones para la gente de fortuna, pero no bastan las ventanas para defenderse de los efectos de un gas tóxico; el desorden general puede alcanzar asimismo a estos lujosos departamentos. Se hallan situados en arterias de reducida anchura y de pesado tráfico, y privados de aire; y son particularmente excluidos del contacto con la Naturaleza, y expuestos de modo continuo a los ruidos y molestias de todo género.

Si en una edad industrial las diversas funciones de la vida diaria no se hallan en condiciones de poder separarse de una manera definida, ello llevará consigo la sentencia de muerte de la gran ciudad.

La inteligencia de Haussmann queda demostrada por su renuncia a cualquier artificio en las fachadas. Sencillamente, y sin entablar discusiones, difundió por todo París una fachada uniforme. Ésta se hallaba caracterizada por altas ventanas a la

Enlace de funciones varias.

Fachadas uniformes.

francesa, con algunos acentos dados a la barandilla de hierro como aquellos empleados en la calle de Rivoli en tiempos de Napoleón I. También adoptó con mucha discreción formas típicas del Renacimiento, de un tipo agradablemente modesto. Parece como si se apreciaran aún las últimas huellas de aquella unidad que caracterizó a la arquitectura barroca. Las fachadas sin apariencia, y la uniformidad general, hacen de la enorme obra de Haussmann la mejor labor de reconstrucción efectuada en torno al 1850, o después de este período.

### Las proporciones de la calle

La reorganización de París llevada a cabo por Haussmann demuestra la predilección que tenían los franceses por el *culte de l'axe*. Dondequiera que sea posible, procura introducir «grandes perspectivas», con frecuencia sin mucho éxito<sup>51</sup>. Consecuencia de la gran longitud de las calles, un edificio colocado al final de un bulevar se pierde presto en la azul lejanía. Por ejemplo la Estación del Este, de la cual parte el Bulevar Sebastopol, pierde su posición dominante mucho antes de que se haya llegado al final del recorrido de esta vía. La impresión es debida a la calle, y no a la plaza o a un edificio aislado. Estas calles parisenses tenían algunas veces longitudes de hasta tres millas; lo que es un fenómeno nuevo en la historia de la arquitectura. (Unas décadas más tarde, en Los Ángeles, las calles alcanzarían longitudes superiores a las treinta millas.)

El bulevar evolucionó de la calle barroca. El concepto barroco era aquel de las largas vías flanqueadas por hileras de árboles, pero sin casas. En el Ochocientos este concepto fué continuado y modificado; reaparece en la forma de calles interminables, con casas uniformes a ambos lados.

A veces parecemos olvidar que en París, durante estos diecisiete años, fueron también apareciendo, aquí y allá, edificios destinados a las más diversas actividades: salas de exposiciones, iglesias, escuelas, mercados, la Biblioteca Nacional y otros<sup>52</sup>. Todos estos edificios no pueden ser dejados aparte en la historia del Ochocientos. Pero este olvido sería comprensible, porque la calle domina en el nuevo cuadro.

<sup>51</sup> Haussmann, *ob. cit.*

<sup>52</sup> Haussmann cita una lista impresionante de los edificios construidos durante su transformación de París. Véase *Mémoires*, II, págs. 524-528.

Para la mayor parte de sus contemporáneos, Haussmann aparecía como un peligroso *démolisseur*, como un hombre que estaba hipotecando el futuro de la ciudad, un financiero dispuesto a jugar con la ley, y perder. Todos sus proyectos repugnaban al «sentido común», excepción hecha de las obras de prolongación de la calle de Rivoli, que ya habían sido tomadas en consideración desde el tiempo de Napoleón I. No se habrían hecho objeciones si se hubiera limitado a ensanchar calles ya existentes. Pero el hecho de crearlas nuevas significaba perturbar el orden de cosas establecido y dar prueba de poco respeto para los derechos de la propiedad. Con estas nuevas transformaciones, «on tombe dans ce que j'appelle la fantaisie, on est dans l'imaginaire et on marche vers la ruine financière»<sup>53</sup>. Esta era la opinión del más encarnizado opositor de Haussmann, el historiador Adolfo Thiers, cuya carrera política comenzó en tiempos de Luis Felipe y — contrariamente a Haussmann — la continuó después de 1870, bajo la Tercera República.

Al considerar a la ciudad como un problema técnico, Haussmann se enfrentó primeramente con el problema del tráfico y del transporte, esto antes de que existiera el ferrocarril y de que la calle se encontrara con los difíciles problemas de circulación actuales. Sus contemporáneos, que no tenían su gran visión, no pudieron comprender la pasión de Haussmann por nuevas arterias de comunicación a través del centro de la ciudad, y para los suburbios, donde estas medidas contrarrevolucionarias no parecían ser necesarias. «Pour les promeneurs», preguntaba Thiers, «quelle nécessité avait-ils d'aller de la Madeleine à l'Étoile par la voie la plus courte? Mais les promeneurs, au contraire, veulent allonger leur promenade, et c'est pour cela qu'ils font trois ou quatre fois le tour d'une même allée»<sup>54</sup>.

Esta observación pone en evidencia, inadvertidamente, los fundamentos en que se apoyaba la crítica de Thiers. La visión de ciudad que él concebía partía del punto de vista del *promeneur*, mientras que Haussmann tenía como directrices las necesidades de una época industrial. La primera consecuencia de considerar

<sup>53</sup> «Nos hallamos sumidos en lo que yo llamo fantasía, vivimos en el reino de lo imaginario, y caminamos hacia la ruina financiera.» Acotaciones en Morizet, *ob. cit.*, pág. 297.

<sup>54</sup> «¿Es que la gente que pasea necesita ir desde la Magdalena hasta la Estrella por el camino más corto? Al contrario; los *promeneurs* busca la manera de prolongar su paseo. Este es el motivo por el cual recorren tres o cuatro veces, en ambos sentidos, la misma calle.» Acotación en Morizet, *ob. cit.*, pág. 297.

Dos unidades de medida para la calle: el *promeneur* contra el vehículo.

Múltiple actividad constructora.

El tráfico se convierte en el problema principal.

el plan regulador de una ciudad como un problema de transporte en gran escala, es la calle interminable, la vía que se extiende a todo el ámbito donde alcanza la vista. La preocupación de Haussmann por el problema del tráfico tendía a relegar a un último plano el problema residencial. Los bulevares desintegraban la ciudad. Que las casas ocuparon un lugar secundario podemos apreciarlo en los grabados contemporáneos que ilustran la gran publicación de Alphand, *Les Promenades de Paris* (Paris, 1867-73). El bulevar Richard-Lenoir (fig. 402), por ejemplo, se presenta como una gran avenida con hileras de árboles, y dotada de arriates de césped en el centro, pero detrás de las uniformes paredes exteriores de las casas puede muy bien observarse el más alarmante desorden<sup>55</sup>. La calle domina la vista de la ciudad a vuelo de pájaro, según Alphand; las casas que no dan cara a ella no poseen vínculo alguno y aparecen construídas en una alocada confusión. Haussmann emplea la fachada uniforme, como una especie de armario dentro del cual pueda acumularse todo el desorden. Todos los demás aspectos de la vida ciudadana son sacrificados al problema del tráfico.

Es bastante fácil reconocer el error que se cometía dando preponderancia solamente a la consideración del problema del transporte, y postergando la atención hacia los problemas residenciales. Pero en el período de evolución social e industrial que se vivía en tiempos de Haussmann no se había tan siquiera vislumbrado el principio de una solución al problema de la vivienda en las grandes ciudades.

Difícil valoración estética de la obra de Haussmann.

Los posteriores críticos de Haussmann se han preocupado principalmente de la valoración estética de su obra. Ésta es ciertamente una empresa muy difícil, y no lograremos hacerla más fácil si comparamos sus calles «únicamente rectas y cómodas»<sup>56</sup> con aquellas «composiciones estéticas rítmicamente articuladas» de los maestros renacentistas. El propio Haussmann era un devoto del *culte de l'axe*, pero la magnitud gigantesca de su obra alcanzaba resultados ciertamente inimaginables. La calle no puede tener «unidad orgánica como parte de un edificio dominante» cuando se pretende que ejerza funciones de arteria

<sup>55</sup> Haussmann proyectó el Bulevar Richard-Lenoir (1861-63) para cubrir un canal. La avenida y sus hileras de árboles se hallan sostenidas por la cubierta del canal.  
<sup>56</sup> Esta y las siguientes acotaciones son extraídas de Elbert Peets, «Famous Town Planners: Haussmann», *Town Planning Review*, XII, n.º 3 (junio 1927), páginas 187-188.

para grandes volúmenes de tráfico, a través de la ciudad. Censurar a Haussmann porque ha roto con Mansard y Le Nôtre significa mostrarse callado acerca de su transformación de París.

Es asimismo cierto que «la agrupación en hilera de casas en torno a la Plaza de la Estrella adolece de tantas interrupciones, que dificulta el que pueda percibirse su trazado circular»<sup>57</sup>, y que en realidad «no tiene derecho alguno a ser llamada una "place" en el estricto significado de la palabra establecido por los arquitectos franceses del Seis- y del Setecientos». Pero esto no es más que una discusión de principio. Y, en todo caso, no se trata de un error peculiar o característico del plano regulador de Haussmann. En las afueras de Londres, plazas mal enlazadas son corrientes durante el Ochocientos, reflejando tal estado de cosas un general olvido de la habilidad barroca para modelar el espacio<sup>58</sup>.

Haussmann trabajaba en un período en que la arquitectura atravesaba un momento de confusión. Lo máximo que podía esperar — y dados los tiempos era ya un resultado considerable — era el de mantener en las fachadas de sus calles un carácter cuanto más neutro posible. Nadie en su época, y ni tan siquiera tiempo después, sino hasta fines del siglo, logró igualar la discreción segura e inofensiva de que están dotadas las monótonas fachadas de París. Finalmente es posible que al juzgar el aspecto estético de la obra de Haussmann se dé tal vez excesiva importancia a los caracteres transitorios que en él aparecen.

Admitiendo que se trate de un «lustre de chistera» sobre cada cosa, reflejo del nivel artístico «del banquero y de la "midinette"», ello no tiene nada que ver con la cuestión principal. Haussmann, en realidad, fué el primero en considerar la gran ciudad — la capital con millones de habitantes — como un problema técnico. De aquí su reserva en sus relaciones con los arquitectos y su estrecha colaboración con técnicos experimentados.

<sup>57</sup> El mismo Haussmann vió este defecto en la obra de su arquitecto, y plantó árboles delante de las casitas, que se hallaban en su totalidad desproporcionadas.  
<sup>58</sup> Este argumento ha sido discutido, con referencia a algunas plazas arboladas alemanas, en el libro *Spätbarocker und romantischer Klassizismus* (Munich, 1922).

Haussmann realizó progresos notabilísimos hacia la solución del problema del tráfico, adelantándose mucho a las exigencias de su tiempo. El influjo de los automóviles, introducidos después de su muerte, ocurrida a los ochenta y dos años, hizo este problema todavía más urgente y complejo.

La obra de Haussmann va dirigida de cara al futuro en otro aspecto; todos los grandes urbanizadores de ciudades han intentado — costara lo que costara — realizaciones que sólo el futuro puede justificar. El caso del Prefecto del Sena no era una excepción, y cayó en desgracia por proyectos que se anticipaban demasiado a lo que podía ser la previsión de la mayoría. Su obra encaminada a la incorporación de la *banlieue*, la zona suburbana de París, fué realmente *un hecho genial*.

Esta iniciativa, en la que puso mano, como hemos visto, en el ámbito del segundo *réseau*, estaba todavía por terminar cuando Haussmann abandonó el «Hôtel de Ville». Su propósito era dar a la gran masa de los ciudadanos la posibilidad de residir fuera del centro de la ciudad. Era no obstante una empresa que no podía ser calculada por anticipado<sup>59</sup>. Los «préstamos ilegales» que le daba la *Caisse des travaux* los utilizaba para financiar las obras de los suburbios, cuyas necesidades eran cada vez mayores. Sus censores, partiendo del punto de vista del *promeneur* como objetivo, no se podía suponer que comprendieran tales reformas, que tenían en cuenta las necesidades de unas generaciones que no habían nacido todavía. No podían prever que aquellas avenidas, continuaban hasta los confines del limitado horizonte, serían un día consideradas como las más «productivas» entre los «gastos» del prefecto, y que constituirían el futuro espacio vital de París. Fué en vano que Haussmann hiciera resaltar que durante los años en que se iba desarrollando esta red de calles suburbanas, la población de la zona había pasado de 258.000 habitantes, a 368.000.

Desde el tiempo de Haussmann, la población de París había aumentado en un setenta por ciento<sup>60</sup>. Este diagrama del aumento demográfico en el área del gran París justifica sus proyectos

<sup>59</sup> El coste final fué superior a los trescientos sesenta millones de francos, ciento sesenta más de los que se habían presupuesto para tal objeto.

<sup>60</sup> Alberto Demangeon, *Paris, la ville et sa banlieue* (Paris, 1934?), pág. 20.

por encima de sus propias previsiones. El mismo fenómeno se reproduce en otras grandes ciudades.

La expansión sucesiva de París siguió un ritmo en el que no predominaba orden alguno; no había nadie con autoridad suficiente para continuar las directrices de Haussmann, y menos para adaptarlas a las crecientes exigencias de una rigurosa separación entre las zonas residenciales y las consideradas industriales. La mezcolanza caótica de pueblos, de improviso se transformaba en ciudad; casas minúsculas surgían al azar en la campiña, y nuevos establecimientos industriales se alzaban desordenadamente, esparcidos aquí y allá, consecuencia de la incapacidad del siglo decadente, que no acertaba a dominar la propia vida y darle forma<sup>61</sup>.

El extenso radio de acción de las actividades de Haussmann no era consecuencia solamente de los poderes autocráticos que le había conferido el régimen al cual estaba fervorosamente adherido, sino por pertenecer a una generación — aquella *génération forte*, como propiamente la definía — que demostró, en todos los campos, una máxima iniciativa y un irrefrenable empeño en realizar todo cuanto no hubiese sido llevado a cabo hasta entonces. Los enemigos de Haussmann le llamaban, para escarnecerle, el *Luis catorce municipal*. Era ésta una de las mayores verdades de cuantas sus contemporáneos expusieron. Sin duda alguna, su obra se hallaba falta de aquella concepción de unidad que presidió los proyectos del gran Luis. La quiebra ochocentista de la personalidad se revela en la unión inextricable de caracteres fundamentales y transitorios. Por una parte, previsión y energía; por otra, una serie de hechos arriesgados en los cuales se transluce la inseguridad de la época en que Haussmann vivió.

<sup>61</sup> Véase *Les Banlieues urbaines* (Paris, 1920), por Enrique Sellier, Consejero general del Dep. del Sena. Sellier, que conoce profundamente la región de París, describe fielmente cómo inmensas aglomeraciones de altos edificios para viviendas de alquiler fueron construidas a lo largo de los interminables caminos vecinales aun sin pavimentar, a menudo sin alcantarillas, en medio de antiguas casas de campo, convirtiéndose en congestionados barrios para personas de humilde condición, y absolutamente privados de toda clase de servicios sanitarios. Su resultado, como reveló el Profesor Duguet en su informe elevado a la Comisión de Higiene, es un alarmante porcentaje de defunciones por tuberculosis en el Departamento del Sena. Sobre los centenares de casos mortales en el resto de Francia, son ciento cincuenta las defunciones ocurridas en el Departamento del Sena. (Véase *Revue des deux mondes*, 15 julio de 1923, pág. 444). El caótico crecimiento de las ciudades americanas desde el año 1860 ha sido a menudo atribuido a una falta de tradición. No obstante, en la *banlieue* de París, ciudad cuya historia se remonta a veinte siglos, hallamos la misma desorganización. Las razones son las mismas en ambos casos.

La sucesiva expansión de París.

Anticipado desarrollo de los suburbios.

Pero las proporciones de su obra son, sin exageración, arrolladoras. Haussmann se atrevió a transformar enteramente la faz de una gran ciudad, una ciudad que había sido, durante el transcurso de siglos, el centro consagrado del mundo civil. Construir un nuevo París, afrontando el problema por todas sus facetas, simultáneamente, fué una labor realizada en un grado que jamás fué igualado en ninguno de los proyectos que venimos examinando. El valor indómito del Prefecto del Sena permanece, también, inigualado. Haussmann no toleró que ningún grupo interviniera para perturbar sus proyectos; para transformar la ciudad, incindió despiadadamente en su propio cuerpo.

La influencia de Haussmann.

La influencia directa de Haussmann fué enorme. En cada país donde la industrialización había sufrido un retraso en su desarrollo, encontramos soluciones de detalle imitadas de la transformación de París, particularmente de las primitivas realizaciones del primer *réseau*. Eran pocas las ciudades que no tenían una avenida importante partiendo del eje de las estaciones centrales, como el Bulevar Sebastopol sobre la Estación del Este. El bulevar parisiense se reflejó en alto grado en vías monumentales que seguían la línea de las fortificaciones abatidas. Pero eran solamente detalles lo que se imitaba. Nadie tuvo la energía de Haussmann, ni la decisión de hallar una solución general al problema nuevo de la ciudad.

Países como Alemania, en los cuales la verdadera expansión industrial se inició precisamente después del año 1870, alcanzaron resultados claramente inferiores en la reconstrucción de sus grandes ciudades. También la unidad de la calle quedó eliminada. En lugar de la neutra uniformidad de París, en cada uno de los edificios de cuatro o cinco plantas se intentó imprimirle un seudo-estilo, una seudo-individualidad y seudos materiales. El resultado constituyó un verdadero desastre estético.

## PARTE VIII

# LA URBANÍSTICA COMO PROBLEMA HUMANO

